JUEGOS FLORALES DE 1914

FIESTA DEDICADA

A LA MEMORIA DEL PRÓCER

DON JUAN RAFAEL MORA

EX-PRESIDENTE DE COSTA RICA

CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO


15 DE SETIEMBRE DE 1914

TIPOGRAFÍA NACIONAL
SAN JOSÉ, C. R.

I

HOMENAJE

AL PROCER JUAN RAFAEL MORA



DON JUAN RAFAEL MORA

BENEMÉRITO CAUDILLO DE LA CAMPAÑA NACIONAL

Programa de la Velada

organizada para festejar el Centenario del Libertador de la Patria

Benemérito D. Juan Rafael Mora

y para la celebración solemne de los Juegos Florales de 1914 y distribución de Recompensas a los vencedores en el Certamen

PRIMERA PARTE

I.—Obertura por la orquesta. **Si j'étais Roi** . . . . **Adam**
Director don Julio Osma.

II.—**Himno Nacional** . . . . **Gutiérrez**
Cantado por un coro de señoritas, acompañado por la orquesta.

III.—Discurso del Licenciado don **Leonidas Pacheco.**

IV.—Estreno del **Himno a los Héroes del 56.** (laureado). Letra de *Augusto Coello*, música de *Luis A. Delgadillo*. Cantado por un coro de señoritas, acompañado por la orquesta.

V.—**Aria de Tosca.** (Primer acto) . . . . **Puccini**
Romanza para soprano, cantada por Doña Zelmira de la Roca San Felice.

VI.—**Oda** dedicada a don Juan Rafael Mora. Leída por su autor *Don Jenaro Cardona.*

VII.—**Romanza** para bajo. . . . . **Tosti**
Cantada por don Carlos Durán Salazar.

SEGUNDA PARTE

I.—Obertura por la orquesta. **Fantasía de Tosca** . . . . **Puccini**

II.—**Marcha Rusa** . . . . **L. Ganne**
Desfile de la Reina de los Juegos Florales, señorita *Emilia Keith Alvarado* y de sus Damas de Honor.

III.—Disertación del Mantenedor de los Juegos Florales, **Licenciado don Alejandro Alvarado Quirós.**

IV.—**Distribución** de las recompensas y lectura de las actas de los jurados calificadores.

V.—**Envío** a la Reina. Lectura del poema laureado, por su autor *Don Rafael Cardona Jiménez.*

VI.—**Romanza de la Estrella (Tanhauser)** . . . . **Wagner**
Cantada por el barítono señor Inclán.

VII.—**Lectura** del soneto laureado, por el autor *Don José Albertazzi Avendaño.*

VIII.—**Lectura** del cuento premiado con medalla de oro, por el autor *Don Camilo Cruz Santos.*

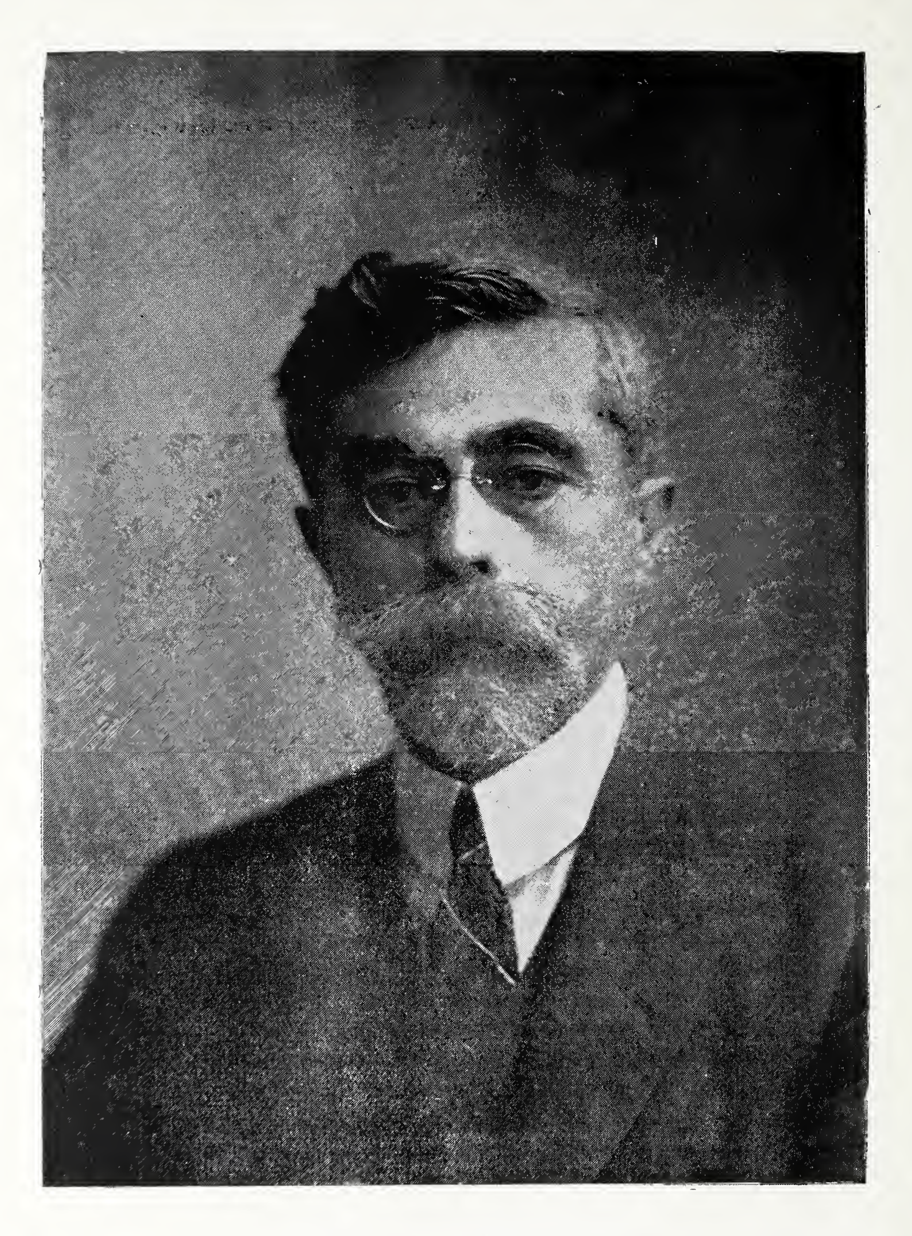
IX.—**Fantasía heróica** . . . . **Luceto**
Violines y piano, señores Osma, Tiberge y Cardona.

TEATRO NACIONAL

San José, 15 de setiembre de 1914

DISCURSO

LEONIDAS PACHECO



LICENCIADO DON LEONIDAS PACHECO



DISCURSO

DEL LICENCIADO DON LEONIDAS PACHECO

Señor Presidente, Señoras, Caballeros:

Con doble motivo patriótico estamos congregados hoy: es el quince de setiembre y es el momento de hacer nuestro rendido homenaje a Juan Rafael Mora.

Aquella fecha nos recuerda que vinimos a la vida independiente sin sacrificios cruentos, sin dolorosas convulsiones, recogiendo, por especial privilegio de la fortuna, el fruto de paz que sembraron en lucha homérica nuestros hermanos del Norte y del Sur. Este nombre nos invita con su limpia y esclarecida historia a volver piadosamente la mirada al 56 y a recordar la sangrienta lucha de un día, el combate fiero que no nos impuso el hispano y que sí nos trajo el bucanero y con el cuadro que la memoria descubre de sangre y ruinas, de peste y lágrimas, advertir también la radiante figura de los héroes que en el pequeño panteón de nuestra pequeña historia están siendo, por el culto y el cariño, los blasones de nuestro escudo, el orgullo de nuestros padres, el orgullo nuestro, el pergamino de nobleza de nuestros hijos.

Y ved señores: lo que a primera vista pudiera juzgarse una inconsecuencia despiadada, lo insólito que pudiera parecer que en esta hora de duelo universal los costarricenses estemos congregados para celebrar con júbilo una fecha y una

apoteosis: lo que pudiera tildarse de inoportuno recuerdo, al levantar con la mirada los velos que cubren los campos ensangrentados de Santa Rosa y Rivas, lo que en este instante de horrible angustia mundial y de tremenda pesadumbre pudiera creerse indiferencia culpable ante el desastre europeo, es, bien al contrario, lógica y natural y apropiada expansión, y momento cual ninguno para que la memoria del héroe de nuestra independencia luzca más brillante, aunque la iluminen los tremendos reflejos del incendio que aniquila una a una las legendarias e históricas ciudades europeas.

Séame permitido explicar esta aparente paradoja.

Vive el mundo un minuto de mortal angustia. La convulsión del viejo continente pone espanto en todas las almas: el despertar de todos los días es la agregación de un nuevo cuadro de horror: pendientes del telégrafo sabemos que caen como espigas segadas por la hoz implacable el padre que deja huérfano su hogar, el esposo que deja huérfano su nido de amor y de esperanza, el hijo que abierto el pecho por la sangrienta herida deja escapar con el último aliento el resto de dicha que en él cifraban sus padres, maltratados por insondable duelo en la hora vespertina.

Y dejando pálidas las luctuosas hecatombes que siembran el camino de la historia, en esta hora de civilización y de progreso, en este instante de socialismo y de solidaridad, en este siglo XX, que debiera ser el siglo de la paz, los potentes dreadnoughts vuelan en pedazos ante el acerado colmillo de los submarinos, las aguas del Mosa, las azules ondas del Mosela que con sus quillas rizaba el bote de trabajo y de progreso, están enrojecidas y arrastran el salveque sin dueño, el rifle ennegrecido por el postrer disparo, el kepi agujereado por las balas, y el cadáver del soldado que va dejando tras de sí los laureles que como corona sobre su pálida sien colocara el ángel de la gloria.

Y con espanto oímos el derrumbe de la vieja catedral de Malinas que muerde el polvo y enloda los encajes de sus muros al golpe implacable del explosivo; y en ruinas se convierte la venerable Universidad de Lovaina, templo de la inteligencia y de la sabiduría; y Lieja, la joya walona que enorgullecían su pueblo de abejas, sus palacios históricos, sus fábricas poderosas, sus museos incomparables, cae bajo

la pesadumbre del desastre; y París se prepara para el sitio y Berlín se agita ante la amenaza del temible cosaco que con la augusta e imponente serenidad de la tromba, marcha y marcha hacia adelante. Y en los aires, allá donde las águilas se ciernen, cerca de las algodonadas nubes que ocultan a trechos el insondable azul, en el sereno camino de las almas, allá donde volvemos los ojos cuando los labios quieren murmurar una plegaria, allá también los pájaros de muerte lanzan torrentes de fuego, y unos contra otros chocan, se despedazan y ruedan al abismo, hendiendo el aire, al caer sus héroes, el grito de patria.

No es la hora ni la ocasión de juzgar las causas que produjeron el horrible conflicto: quede para la serenidad de la historia saber si del desastre responde la bala que mató a Francisco Fernando, el orgullo indomable del germano, la codicia del ruso, el oportunismo de Albión o la herida no cicatrizada de la mutilación del setenta. Pero cualquiera pasión noble o mezquina, cualquiera vendaval de codicia o de celos que haya desencadenado Marte, hay en todo ello una víctima inocente, Bélgica, la noble Bélgica, campo desolado por la furia de extraños, holocausto ofrecido al interés ajeno, que hoy triturada, exangüe, cubierta de cenizas, entierra en sus campos de cultivo y de paz, los centenares de héroes que cayeron dando su vida en ofrenda al más alto, al más noble, al más sagrado de los deberes: al de sacrificarse estoicamente por la patria, al mandato que en todo corazón vive arraigado de morir por la independencia, de blanquear los campos con los huesos de los que no quieren ser esclavos, de perecer o ser libres.

Y es así cómo en esta hora tremenda, el espectáculo grandioso de un pequeño pueblo que pone en la línea de fuego desde el niño hasta el anciano en defensa de su soberana nacionalidad ha de traer a nuestro espíritu, con bien fundado orgullo, el recuerdo glorioso de la lucha a que nos lanzó en defensa de Costa Rica, en defensa de Centro América, el prócer noble que sin trepidación de espíritu llevó a nuestros padres a la cruzada contra el bucanero: que con lágrimas en los ojos pero sin vacilaciones en el alma, puso el rifle en las manos campesinas y sembró los campos con despojos de héroes que hoy nos mantienen libres.

Juan Rafael Mora fué en aquellos días aciagos el exponente genuino del alma nacional. Hombre netamente civil, padre y esposo modelo, ciudadano probo, llevado a la jefatura de la nación por reconocimiento justificado de sus merecimientos, no pensó nunca aquel sereno espíritu de paz y de progreso que el destino le reservaba los laureles y las espinas de los campos de batalla.

Dedicado con paternal cariño a empujar a Costa Rica por la vía ancha del progreso, amigo de la instrucción, encariñado con la agricultura, cumplidor nimio de sus deberes internacionales, síntesis completa de las serenas virtudes que enorgullecían a los patriarcas de aquel siglo, sencillo en el vestir, sencillo y probo en el pensar, Juan Rafael Mora dibujaba su silueta presidencial con los suaves tonos de una acuarela que enseña bajo un cielo de primavera el cuadro reposante de una familia feliz agrupada al rededor de un jefe venerable.

Nada en su fisonomía moral, social o política que arrojara colorido fulgurante: nada en su aspecto que hiciera vislumbrar al caudillo: nada en la serenidad de sus actos que predijera la fibra de acero, la voluntad sin quebrantos, el carácter integérrimo que ni se dobla ni se rompe.

Y así como él, así era nuestra Costa Rica. Las costumbres de patriarcal sencillez vivían lejanas de las complicaciones escabrosas de la vida intensa que hoy nos avasalla: el padre criaba al hijo bajo rígida y cariñosa sumisión: la mujer buscaba en sus naturales encantos la dicha del hogar sin el vano artificio que deslumbra: el campesino labraba la tierra y si quitaba sus ojos del arado, los levantaba a la bóveda celeste, en donde encontraba su fe sencilla la plácida esperanza de un mañana inmortal. Tranquila y honrada, pacífica y buena, ni envidiosa ni envidiada, Costa Rica empujaba sus progresos con andar lento pero seguro, guiada en sus modestos afanes por el jefe querido que por sobre olas serenas de paz y libertad iba llevando, cual piloto experto, la barca del Estado.

Pero llegó el minuto aciago . . . Negra nube preñada de tempestad oscureció el horizonte: Nicaragua herida por el venablo de la traición lanzó un grito de dolor, el extranjero manchaba con su planta su manto de libertad y la bala mor-

tífera pretendía sentar sobre la virgen Centro América el reinado opresor del bucanero: la independencia amenazada de nuestra hermana era la sentencia de muerte de nuestra propia independencia: la cadena que forjaba sus eslabones en los campos de Nicaragua era la cadena que amenazaba nuestras manos de hombres libres.

El dilema estaba planteado, la libertad o el sacrificio: el martirio o la servidumbre: la bala vengadora o el látigo del amo: las llamas del Mesón o la marca del esclavo.

Mora no vaciló ni vaciló Costa Rica. Sin medir las honduras de la sima, sin calcular la inexperiencia militar de nuestros labriegos sencillos, sin poner cuenta en distancias enormes que debían recorrer a pie para llegar a los campos de combate, sin intendencias que procuraran al extenuado el reparador alimento, sin cruz roja que pusiera sobre la ancha herida el bálsamo de la medicina ni el reconfortante halago de la mano caritativa, Mora llamó a su pueblo al sacrificio y allá fueron, extraños al desaliento pueril, sereno el corazón, alta la frente, allá fueron nuestros valientes soldados, con los labios plegados por estoica sonrisa y con la mirada fija en la salud de la patria.

Y la mujer costarricense, con las pupilas húmedas de lágrimas pero con la serena virtud de la espartana, decía adiós, para muchos el eterno adiós y—con el escudo o sobre él—era la muda súplica que hacían a sus hombres que se iban cargados con el rifle, cargados con el modesto y duro bizcocho que amasaron manos cariñosas, cargados con la ligera manta y con el repuesto indígena del *caite,* y cargados también con el sagrado deber de mantener la patria libre.

Campos sagrados de Santa Rosa y Rivas, blancas espumas del rumoroso San Juan, sobre vosotros corrió la noble sangre de nuestro pueblo que ofrendaba valeroso su vida en bien de la patria y de la fraternidad centroamericana. Allí cayeron los héroes de pie descalzo y escapulario al pecho: allí quedaron los bravos artesanos que el deber cruzó con el tahalí guerrero: allí fueron segados los hijos de la fortuna, los mimados de la suerte que nivelaban sus riquezas y sus holguras ante la ola de muerte igualitaria y despiadada; y allí mordieron el polvo, con la bala entre las cejas, los aventureros audaces que en hora mala pretendieron quebrar las ra-

mas del árbol de la libertad bajo los pesados pliegues de sus tiendas de bandoleros.

El ángel tutelar de la campaña, el bravo don Juanito, apoyado en los fragores del combate por José Joaquín Mora y José María Cañas, los valientes como Ney, los sin miedo y sin tacha, vivió horas de mortal angustia durante las largas peripecias de la lucha. Pero ni lo abatió el eco rudo de los cuerpos de sus compatriotas que se desplomaban al golpe de la muerte, ni amilanó su energía el azote de la peste que diezmaba los hogares, ni puso vacilación en su alma el cuadro triste de viudas y huérfanos envueltos en los crespones de un luto doloroso. Nada contuvo el esfuerzo viril de nuestro Presidente: era necesario vencer y vencedores fuimos contra la horda bucanera.

¡Ah! los bucaneros ¡ah! la triste falanje de corredores de aventura, grupo informe de varias razas ligadas en sus propósitos aviesos por el programa de la ambición y la bandera de la codicia! Turba salida del fuero nacional e internacional que ultrajaba con sus torpes manos el pabellón de las barras y las estrellas, el pabellón que es emblema de un gran país, en donde Costa Rica encontró siempre respetado su derecho y amparada su justicia: que ayer por medio de su ilustre Cleveland nos llevó al abrazo fraternal con Nicaragua y que hoy, por la augusta mano de su más alto juez, repara el desgarramiento de nuestro territorio, cierra para siempre la angustiosa disputa que intranquilizaba nuestro patriotismo, dice al mundo con el eco de su autorizada palabra que Costa Rica no discute sin derecho y sin razón y siembra en el corazón hidalgo de sus hijos el anhelo de tender la mano a Panamá con el gesto fraternal de quien concluye su querella en el seno sacrosanto de la justicia, sin las amarguras de quien como Juan Rafael Mora, regó nuestras libertades con la sangre preciosa de nuestros mártires.

*
* *

No es el bronce que por veces inmortaliza la forma corpórea de héroes sin valer: no es el mármol que presta

por veces sus helados bloques para cantar en sinfonías de piedra las glorias ficticias de hombres de un día: no es el retrato que, con ditirambos exornado, predica virtudes de ocasión, lo que requiere el patricio que nos mantuvo arrogantes en el rol de pueblos libres.

Mora pide a nuestros corazones un altar en donde a diario arda el pebetero de nuestra gratitud: Mora es el símbolo de Costa Rica libre y su recuerdo de noble valor y de romana entereza es y será la vívida lección en donde aprendamos a sentir el patriotismo: Mora ha de ser siempre en el escudo de nuestra nobleza el león rampante que sacude su melena y marcha intrépido al combate antes que rendir su fiereza selvática a los grillos del prisionero: Mora es el nombre que nuestras madres han de murmurar al oído de sus hijos cuando les hablen de honor y libertad: Mora diremos cuando el destino fiero amenace nuestra bien ganada independencia: Mora musitarán nuestros labios cuando en la familiar tertulia elevemos el alma para adorar a Costa Rica: Mora es el emblema, Mora es el pabellón, Mora es la patria . . . Bendito sea ! ! !



CANTO ÉPICO

JENARO CARDONA



CANTO ÉPICO

A LA MEMORIA DEL PRÓCER JUAN RAFAEL MORA

EN SU CENTENARIO

Leído por su autor en la velada
del 15 de setiembre de 1914

Del noble prócer de la patria mía
Cante la fama su inmortal victoria,
Y en los bronces esculpa de la historia
El gesto de su excelsa rebeldía.
Luzca la patria sus mejores galas,
Estallen nuestros cármenes
En flores y perfumes, como cantos
Que el sol cristalizó sobre la tierra,
Y desde el valle a la empinada sierra,
Y del Pacífico al bravío Atlante,
Un himno de grandeza se levante
Sobre las glorias de este Centenario,
Conque la patria agradecida cante
A su héroe legendario!

Desde allá, de la América del Norte,
Las águilas arteras
En su grandeza ufanas y altaneras,
Desde el alto peñón de su codicia,
Con el osado porte
Que presta la conciencia de la garra,
La turba bucanera
Hacia el Sur, sigilosa tendió el vuelo,
Y fueron sus siluetas sobre el fondo
Purísimo del cielo,
Cual fatídicos puntos suspensivos,

Afrenta del azul de la bandera
¡De esta patria de libres y de altivos!
Y la invasora hueste
Alzó su tienda en la vecina hermana
En són de guerra; y la conquista impía,
Con su ferrada bota
Holló la tierra centroamericana.

Era Wálker, el yanqui,
El hombre rudo *de los ojos zarcos,*
De alma fiera, de pecho endurecido,
Audaz y temerario en la embestida;
Cabeza cincelada
Con los rasgos del héroe o del bandido.
Tal el guerrero osado, el esclavista,
El Jefe de la histórica *Falange,*
Que buscó en el azar de injusta guerra,
Eternos ideales de conquista
De esta fecunda y orgullosa tierra
Que amamantó la savia de los bravos...
¡Cachorros de leones
no saben ser esclavos!
Y así fué cómo el Prócer legendario,
El símbolo genuino de una raza,
En su derecho fuerte
Alzó el pendón de *Libertad o muerte,*
Que Costa Rica con fervor abraza.
Gloria al varón egregio,
Cincelado en el mármol espartano,
Que al reto del audaz se irguió valiente,
Y supo con esfuerzo soberano,
Blandir la espada, que en su diestra mano,
Fué la aurora triunfal de un sol naciente!
¡Gloria eterna al guerrero
De altivas y patrióticas proclamas,
Cuyas frases ardientes, como llamas,
Cantaron las estrofas del acero!
Mármol y bronces para aquel que airado,
Ardiendo en santa indignación, sincero,
Escribió con su pluma esclarecida:
«¡Del territorio de mi suelo amado,
Será dueño el audaz filibustero
Cuando sucumba mi último soldado!»
Y Costa Rica entera, unificada,
Por el fuego de Mora, en una idea,
«¡Sí,—contestó resuelta y abnegada:
Antes mil veces confundida sea

Esta patria tan noble y tan amada!»
Y resonó el clarín en las ciudades,
Y en la lejana aldea,
Y conmovió los valles y los montes
Con sus vibrantes notas,
Que escucharon ansiosos los patriotas
Cual grito de una madre dolorida.
Y la patria tan sólo estuvo atenta,
A vengar con honor la odiosa afrenta
Que le infirió el audaz liberticida.
. . . .
Y allá van los valientes, los labriegos,
Subiendo la empinada carretera,
Vistiendo el dril azul, y la camisa
De manta burda, que en sangrienta liza
Será para su arrojo una coraza.

Van los bravos, calzando la sandalia,
El *caite* primitivo,
Con el fusil de pedernal al hombro
Y el filoso machete a la cintura,
A escarmentar al tirador certero
De superiores armas;
Ni trepidan, ni tiemblan de pavura...
¡Para batir al rudo bucanero,
Les sobra su fusil y su bravura!

Y es de ver su entusiasmo y bizarría
En las marchas forzadas,
Bajo el ardiente sol del mediodía,
Por barrancos profundos,
Y por altas sierras escarpadas.
Y son los labradores,
Los fuertes y tranquilos propietarios,
Que animados de bélicos ardores
Se tornan en celosos libertarios.
Ayer no más regaban sus sudores
Los surcos fecundando,—rico vientre
De la amorosa madre,—
Y al oír del clarín la voz sonora,
Van a empuñar el arma redentora.
Disciplina y valor, nada les falta;
Sufridos y abnegados,
Ni la duda del triunfo les asalta,
Ni siéntense jamás acobardados.
Ellos saben que el yanqui está a las puertas

Del amado terruño,
Y hay que arrojarlo sin piedad del suelo
Con el fusil *de chispa,* o con el puño!
Y allá van, presurosos,
Bajo el sol tropical que los calcina,
Resueltos, belicosos,
Trasponen el barranco o la colina
Dorada por los rayos de la tarde,
Que plácida declina,
Y entre arreboles de topacios arde.
Y por las noches, el vivac presenta
Escenas de animado colorido...
Un lienzo de Messonier en que palpita
El hondo sentimiento de la patria,
Cuando una recia tempestad la agita.
En grupos se congregan,
Y departen alegres los soldados,
Que ríen con alegre carcajada
El chiste agudo de otro camarada...
Más allá, una vihuela
Acompaña con rasguear sonoro,
La vieja cantinela
Que repite la voz en rudo coro;
Y aquella alegre, música,
Deshace, ¡noble empeño!
De algún soldado torvo y pensativo
El tempestuoso ceño...
Después... quietud y calma en la llanura,
Frases entrecortadas,
Silenciosas plegarias de ternura,
Algún furtivo beso
Al santo escapulario que la madre,
O la afligida esposa,
A sus cuellos colgó triste y llorosa.
   El campo cultivado,
Los bueyes, la carreta y el arado,
Y la casita humilde,
Y el primer hijo a la sazón nacido...
Todo pasa en montón y confundido
Por la exaltada y loca fantasía
Que finge un panorama de belleza
Ante la horrible realidad salvaje;
Y ese hondo sentimiento de lo incierto,
Parecido al dolor y a la tristeza,
Azota cual mar en recio oleaje
El altivo peñón de su coraje!
Silencio y calma en la llanura toda...
Arriba, las estrellas,

Cual pupilas de luz, lloran reflejos
Sobre aquellos valientes que dormitan
En el regazo amable de la tierra
Mientras vela fatídico a su lado
El espantoso espectro de la guerra!

La patriótica hueste, en Santa Rosa,
Tuvo el bautizo de su noble sangre...
Allí cayó, resuelta y valerosa,
Saltando la trinchera
De la enemiga gente aventurera;
Y era de ver, bajo el nutrido fuego,
El valor, la indomable bizarría
Del soldado bisoño, del labriego,
Que osado ante el peligro se batía,
Como león que acosa la jauría.
Con impaciencia, al enemigo reta
En furiosa y mortal acometida;
Y ante el brillante empuje
de su acero triunfal, la bayoneta,
La mercenaria turba huyó vencida.
Luego Rivas, la homérica jornada,
Cuyo fulgor alumbra todavía
La tea de sublime llamarada
Del Tambor inmortal ¡Santamaría!
Y tantos hechos ¡tántos! cuya historia
Sublima el alma de esta patria noble
Que fué en la tempestad enhiesto roble
Do tendió sus guirnaldas la victoria.
Consagremos ufanos la memoria
De este festival de alto civismo,
Al luchador egregio,
Que fundió, con su amor y patriotismo,
En un solo ideal, el sentimiento
De este pueblo viril de fuertes almas
Que supo combatir con heroísmo,
Y conquistar para su empresa, palmas.

¡Hosanna al prócer de la patria mía,
Gloria y laureles a su ilustre hermano,
Que con él compartió tantas hazañas!
¡Mirto y laurel para el invicto Cañas,
Que aguerrido y audaz en la pelea,
Blandió su espada y secundó una idea!
Mil veces santa la memoria sea
Del noble prócer, del altivo Mora,

Que salvó con cruzada redentora
Del culto por su patria, en el anhelo,
La majestad augusta de su suelo!
¡Iluminado após
tol, nada falta
A tu grandeza que el martirio exalta,
Ni a tu gloria de excelso libertario:
Que en la patria que altivo defendiste,
Abandonado y triste,
Encontraste tu cruz y tu calvario!

JENARO CARDONA



II

JUEGOS FLORALES

DE 1914



LA REINA Y SU CORTE

Srita. Emilia Keith

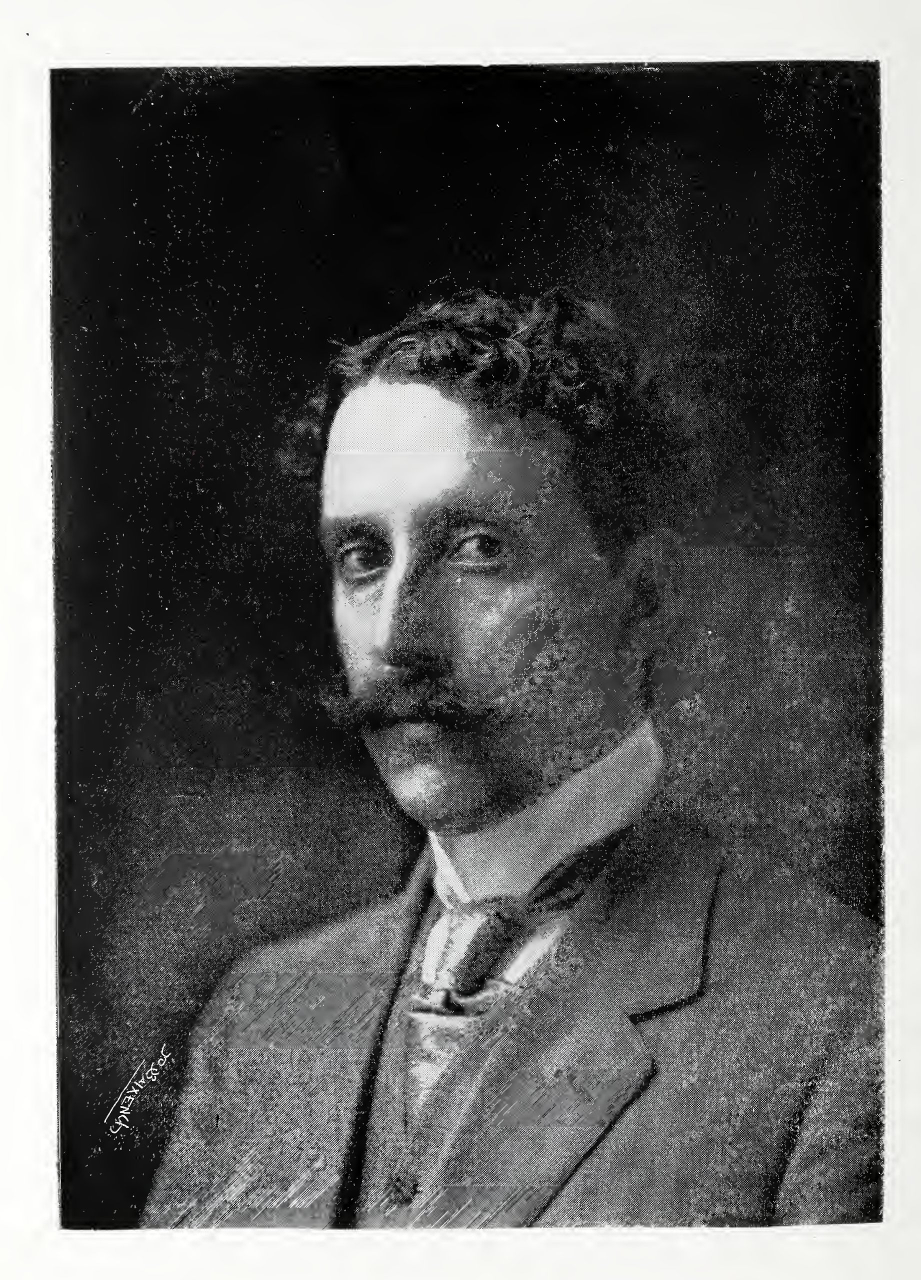
Srita. Luz Gutiérrez   Srita. María Isabel Alvarado   Srita. Elida Piza

Srita. Carmen Castillo — Srita. Clemencia López   Srita. Claudia Mora — Srita. Clara Murillo

DISERTACIÓN

DEL MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS



LICENCIADO DON ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS



DISERTACIÓN

DEL MANTENEDOR DE LOS JUEGOS FLORALES

LICENCIADO DON ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

Señor Presidente de la República
Señoras, Señoritas y Caballeros:

El 24 de diciembre de 1849 tomó posesión de la Primera Magistratura del Estado don Juan Rafael Mora. Tenía entonces treinta y seis años y durante una década los destinos y el honor de Costa Rica estuvieron en sus manos de hidalgo y de patriota.

Nosotros somos la posteridad. Se ha extinguido para siempre el eco que dejaron las ardientes luchas que provocó su causa entre sus contemporáneos; la familia costarricense quiere olvidar definitivamente los motivos que la dividieron y hoy reconciliada contempla, de pie sobre el pedestal de sus hechos imperecederos, la noble figura del caudillo de la campaña nacional.

De estatura mediana, robusto de hombros, de amplio pecho, de movimientos reposados. Ved ese semblante. Esa frente ancha en que vuela el pensamiento, esos ojos oscuros que brillan con mirada intensa, esos rasgos reveladores de las dos cualidades primordiales de su alma: la bondad y la energía. Y para pintar con un solo brochazo las virtudes que

en ese cuadro resplandecen, digamos que hay en él los caracteres esenciales, la gravedad, el vigor y el aire de nobleza de los leones.

El brillante orador y el poeta que me precedieron han dado ya como síntesis de esta apoteosis la epopeya. Es la página que más se destaca sin duda en la vida de Mora, la afirmación voluntaria y solemne de mantener un pueblo libre, el complemento indispensable a la obra de los próceres de 1821, algo como un canje tardío del tratado de nuestra emancipación, celebrado a la faz del mundo y rubricado con la sangre de nuestros héroes de 1856.

Pero Mora es también como Carrillo el hombre del progreso. Nos independizó de Nicaragua en lo eclesiástico al erigir el Obispado; fijó las bases futuras de nuestros límites territoriales; nos dió carta de entrada en la vida diplomática celebrando convenios con España, Francia e Inglaterra; reanudó durante la guerra el vínculo de amistad que teníamos con los Estados Unidos que nos ha valido los dos laudos justicieros que afirman al Norte y al Sur el imperio de nuestra soberanía; dió un vigoroso impulso al cultivo del café en las campiñas y al cultivo de la inteligencia en la Universidad y en las escuelas e hizo, de nuestra capital, al decir de un investigador erudito, una ciudad digna de tal nombre; es decir, tomó a Costa Rica en los limbos del coloniaje y le infundió la conciencia de su nacionalidad, disipando la penumbra en que vivían sus hijos, y luego, terminada su gestión de estadista, probó con su fin trágico que era el jefe digno de las batallas que glorifican nuestra historia. Cayó en Puntarenas de pie, frente al océano inmenso, sin vendas en los ojos para contemplarlo, en duelo singular con la muerte, esperándola con serenidad viril; cayó con la misma sencillez heroica que caracteriza siempre el ocaso de los héroes, la muerte de los bravos.

Sus dos más caros anhelos se han cumplido por el pueblo costarricense, legatario de sus ideas y de su cariño. ¿No acabamos de presenciar en ocasión reciente la agitación ruidosa y espontánea que se propagó a todas las clases sociales al solo anuncio de un amago de protectorado? Quizás nuestra susceptibilidad fué excesiva; pero es espectáculo que consuela ver que cuando se trata de rebajar nuestra libertad o

de atentar a nuestra existencia autónoma se borran las diferencias sociales y políticas y se acercan los corazones.

El amor a la Patria se completa con el amor a la cultura. La navegación a vapor que se inició durante el gobierno de Mora nos proporcionó más rápido contacto con los países avanzados y desde entonces la inmigración y la prensa extranjera, el libro, la multiplicidad de escuelas, todo ha contribuido a nuestro adelanto, al advenimiento de los tiempos mejores que vislumbraba el benemérito patricio. No podría pues celebrarse el centenario de su nacimiento, que se cumplió el 8 de febrero de este año, con fiesta más bella y adecuada a su memoria que este torneo, en que a la manera de los antiguos griegos, vamos a otorgar palmas y distinciones a la inteligencia.

El arte literario, conformándonos con la definición de nuestro maestro Zambrana, es la interpretación ideal de la Naturaleza por medio de la palabra. Dentro de tan amplio criterio caben todas las escuelas, todas las tendencias, los clásicos, parnasianos y modernistas, puesto que el prisma personal para ver y juzgar las obras de arte tiene importancia decisiva. Don Quijote adornaba a su dama Dulcinea de encantos que sólo existían en su imaginación y era legítimo su cariño. Las nuevas ideas de lo bello exigen que el artista partiendo de lo real toque con su vara de virtud las cosas y las transforme para su propio deleite o para satisfacción estética del público profano.

Hoy nadie duda de que para los pintores y los poetas tenemos grandes bellezas naturales escondidas en nuestro suelo. ¿Conocéis acaso la cima de los Palmares, el picacho del Irazú, la pavorosa ruina que semeja el coliseo del Poás, o la cortina secular que domina el azulado anfiteatro de Orosi? Desde lo alto, cuando el viento desgarra en jirones la neblina se divisa en esta sección de los Andes, cerrada por lejanas montañas, las cuencas del río Grande y del Reventazón, que caudalosos tropiezan en las rocas y estallan derramando sus cascadas de espuma como perlas sobre el musgo de las piedras y más allá, en los valles, los grandes árboles cuajados de orquídeas colgantes o las palmeras que ponen su nota oriental en ese cuadro. Tal es la sensación de un oasis, que nos ofrece en su cálido regazo la pequeña Costa Rica.

Refiriéndome a este certamen no puedo menos que compararlo con una espléndida cosecha de racimos sazonados por los rayos de oro de nuestro sol que perennemente anima y vivifica los paisajes y las imaginaciones. Y escogiendo en la abundante vendimia poética que demuestra savia rica y robusta, prefiero los cantos que ha inspirado la soberbia Naturaleza en medio de la cual discurre apacible nuestra vida. Panoramas de montañas de espléndido colorido bajo el cielo de la tarde, erupciones de volcanes, cataratas que con su incesante ruido rompen el silencio monótono de las selvas, diálogos de troncos seculares y de pequeñas avecillas migratorias, o el ritmo sensual y evocador de la vida a traves de las piedras preciosas que guardan todos los tesoros del arco iris y de las paletas de los pintores; o bien la apoteosis del ideal romántico y del culto del poeta a la belleza, lo que se vislumbra entre sueños o al conjuro de un nigromante que abre de par en par las puertas de los paraísos terrenales y artificiales, todo eso en síntes isencontré en mi amable excursión por estos campos del pensamiento.

No son nuestros poetas sentimentales, no tienen fe ni misticismo alguno, ni afición a los temas que la religión bien sentida puede brindar y el amor no ha inspirado tampoco los mejores versos, no obstante la singular perfección y el suave encanto de la mujer costarricense.

Puedo asegurar con imparcial estudio de los temas y de la diversidad de formas empleadas, que desde 1892 hasta esta fecha, no se han demostrado aquí tantas y tan brillantes aptitudes para las letras. En aquella época al rededor de Justo A. Facio y de Pío Víquez, directores de la Revista de Costa Rica y del espiritual Heraldo, estimulados por la presencia de Rubén Darío y de Francisco Gavidia, dos precursores de la renovación poética de nuestra lengua, se despertó generoso entusiasmo por las labores intelectuales y a su influjo se publicaron valiosos volúmenes de poesías, cuentos y discursos. Aquileo J. Echeverría y Teodoro Quirós, para no hablar más que de los desaparecidos, nos dieron entonces las primicias de su ingenio. Posteriormente don Carlos Gagini y el Coronel Calsamiglia rivalizaron con muy digno celo, al disputarse el cetro de la poesía dramática y en certámenes que tienen la virtud de despertar la emulación, se dieron a

conocer José María Zeledón, autor de tantas bellas composiciones en que vibran pensamientos altos y patrióticos, y el malogrado Lisímaco Chavarría, triunfador en los primeros Juegos Florales celebrados en este recinto, en 1909, poeta a quien las musas traían de los campos el perfume de las flores silvestres, para hacerle olvidar las privaciones de su existencia.

Pues bien, Rafael Cardona que en breve aparecerá aquí, radiante con el triunfo legítimo obtenido a los veinte años, es más que una bella esperanza para su Patria. Su poema revela profundo conocimiento de la técnica del verso, amplia cultura, rica imaginación tropical, y lo que es más digno de encomio, una vocación, de seguro hereditaria, para la literatura. Saludo al trovador fervoroso. Para él parece escrito un verso de Víctor Hugo que podrá recitar a solas en recuerdo de esta noche: «Donc, je marche vivant dans mon rêve étoilé».

El vencedor en el certamen del soneto encontró una idea muy original en un humilde medio y logró transformar con su fogoso estro, una caja de betún en una estrella. El galardón de la sociología corresponde a un joven pensador devoto de la ciencia jurídica y sus entusiasmos son sanos y generosos; por ello es digno de figurar en estos Juegos Florales. El cuento en prosa será para muchos una revelación, no para nosotros, porque sabíamos de lo que era capaz la pluma de Camilo Cruz Santos. La penetrante psicología del tema, la gracia picaresca de los diálogos, la sobriedad y elegancia de la forma, todo en el «Beso de la Esfinge» revela la mano de un maestro y augura futuros triunfos en este arte sutil y delicado del cuento, que iniciado por Cervantes en nuestra sonora lengua de Castilla, ha entrado en la época moderna al patrimonio de los franceses.

Las crónicas de Provenza con su perfume arcaico, nos traen a la mente a Clemencia la tolosana, que aparece a nuestros ojos como una criatura de ideal, en cuadro de los primitivos, de ese siglo catorce en que floreciera. Era la Primavera, la Eva blanca de adorables y pálidas manos, de facciones delicadas, de líneas puras que realzan el manto real de su cabellera rubia y la luz que se filtra bajo las frondas en que está ella enternecida por el recuerdo de Renato, su

amado siempre ausente, mientras aspira el aroma de las violetas de los bosques, de esas violetas que serán el símbolo de la orden de caballería de los poetas medioevales, ¿qué digo?, del poeta de todos los tiempos. ¿Será cierto que todo esto va a desaparecer a los golpes de maza del rudo progreso? Hay quienes piensan que murió ya el último trovador, según el rito clásico, el hombre sencillo, inspirado y patriarcal como Homero, porque no es en la Biblia sino en el Atica, abuela de su Provenza, que debe buscarse su parangón. Ciertamente la muerte de Mistral, la caída de esa gran encina gloriosa, habrá hecho enmudecer a los alados cantores que a su sombra rimaban versos en honor del sol y del terruño. En la vieja Europa, así como los castillos de puente levadizo, los torneos y los Juegos Florales se consideran páginas de un libro que hoy nadie lee, aunque fueron fuentes de inspiración de la poesía y de la historia. En nuestra América, Mistral está en el horizonte, el poeta egregio, el vidente se forma cada día con nuestros anhelos de libertad y de justicia, y ha de surgir en la futura y culta confederación de pueblos para hacer la cruzada del desarme y de la fraternidad universal.

En vano los espíritus prácticos, enamorados rendidos de la agricultura, sonríen y se encogen de hombros cuando se trata de estas luchas incruentas, discuten la utilidad del arte, desconocen la poesía y tratan de enfriar los entusiasmos juveniles. Otros niegan los fueros de la religión, de la leyenda, de todo lo que traspase las fronteras conocidas de la Beocia y se arguye que la vida moderna requiere sólo economistas para el Estado, trabajadores para la tierra y soldados que defiendan el territorio de su país. En esta fecha memorable para la libertad, debemos demoler esa Bastilla de la preocupación y del error, en que se ponen cadenas al pensamiento de los artistas. Recordemos que del humo de leyendas prehistóricas de la Lorena, que de la urdimbre de leyendas de un cristianismo primitivo, como condensación inefable, como piedra preciosa viviente, mitad hada, mitad virgen del cielo, surgió Juana de Arco, la encarnación más pura, más dulce, más femenina de la Historia. De la poesía, de la fe, de la debilidad, nace la acción, triunfa de un modo decisivo la idea de la Patria y recibe la humanidad nuevo, sublime ejemplo de martirio.

Coronemos, pues, con mirto y rosas, como en las fiestas de Anacreonte, la belleza, la mujer y la poesía, trinidad inseparable, eternamente cantada como ideal que transforma la vida y que al esfuerzo del trabajo convierte un paraje árido en la fastuosa corte de Versalles o en el cuadro fantástico de bosques y de lagos azules del rey Luis de Baviera, o de góndolas y cantos de un carnaval veneciano que todos tenemos como dechado para soñar despiertos.

Soñemos. Para encanto de los ojos aquí teneis un búcaro de flores, verdadera corte de amor, y nada hace falta en ella para que triunfe el idilio después de celebrada la epopeya, es la corte de una blanca niña, virginal criatura, tejida con armiño y seda, predilecta del poeta, y es tal el ascendiente suyo, que de haberla conocido sus antepasados de la línea paternal, de seguro que la habrían saludado con el título que dieron a la gentil Victoria para celebrar su juvenil elevación al trono: graciosa majestad. Y yo el mantenedor de estos Juegos Florales, quiero exclamar como esos leales súbditos británicos en señal de acatamiento:

Dios salve a la reina



AL PIE DEL TRONO

RAFAEL CARDONA

AL PIE DEL TRONO

ENVÍO A S. M. LA REINA EMILIA

Como joven artífice que labra
el esbelto jarrón de un sentimiento,
con su fino buril, mi pensamiento
talla el ánfora azul de la palabra.
Pongo en ella la misma aristocracia
que tiene vuestra mano seductora,
y su pálida veste se colora
con la rosa hecha sol de vuestra gracia.
Luego Númen, mi alada fantasía,
la derrama en sonora pedrería
que constela los hilos de la alfombra
por do va vuestro pie... sin hacer sombra!

RAFAEL CARDONA





Srita. EMILIA KEITH ALVARADO

REINA DE LOS JUEGOS FLORALES DE 1914

EL POEMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

RAFAEL CARDONA



RAFAEL CARDONA



EL POEMA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS [1]

. . . y encontré que cada una de las piedras preciosas, tenía una naturaleza, y por decirlo así, un espíritu, ya de bien, ya de mal. . .

ESCENA:

Un jardín. Tenue luna. Primavera. . .
El recodo de un lago. Escena sola:
un canto se adormece y a lo lejos
se puebla de luciérnagas la sombra.
Un decorado a lo Perrault en donde
los lirios del remanso se deshojan;
pequeña pausa y el cortejo llega
recostado en las frágiles carrozas. . .
(Las frágiles carrozas del cortejo
son nelumbos de lívidas corolas. . .)

Del fastuoso desfile a la cabeza,
que al paisaje quimérico decora,
el Diamante: monarca de las piedras,
con manto, cetro y señorial corona.
Luego el Príncipe Azul, y la Esmeralda
de pupilas hieráticas y torvas;
el Rubí, la Amatista y el Topacio,
de airado gesto, excelsitud y pompa.
El Agata y la tímida Turquesa
que no puede decir si piensa o llora,
van seguidas del Opalo de Hungría
de blanca veste y cabellera blonda.

Es la fiesta ritual donde las gemas
—las núbiles amadas de la Gloria—
celebran sus fantásticas orgías

1 Laureado con la flor natural.

llenando de luciérnagas la sombra,
cuando alegran sus mágicos fulgores
las ávidas pupilas de una novia...

...Y en el áureo jardín, bajo el misterio
de la luz y el perfume de las rosas,
se alza el canto sonoro y argentino
cual vuelo de sonámbulas palomas:
. . . .

EL DIAMANTE:

Fué trágico mi origen:
Por darme nacimiento,
las selvas primitivas en gigante balumba
se hundieron en la Noche con enorme hundimiento,
y en las vetas sombrías fuí como un pensamiento
que irradiara en el fondo de una lóbrega tumba.
Fué la luz inefable de mi eterna pureza
el verdugo divino de los grandes suplicios:
trastorné las entrañas de la naturaleza,
y adopté desde entonces la rebelde belleza
de sus rocas deformes y de sus precipicios.
Yo vi pasar los siglos:
la fiera primitiva
que en marcha gigantesca sobre la tierra indócil
como tronco animado de existencia intuitiva
rasgaba los breñales, y la tumba furtiva
donde duermen los huesos del prehistórico fósil.
Palpé el obscuro seno de las savias potentes:
la gestación eterna de la materia bruta,
y con los espejismos de las aguas yacentes,
contemplé de lo hondo los astros ignescentes
trazar en el vacío su quimérica ruta.
Y el Tiempo, torpe y grave, cincelaba el granito
del mundo misterioso, sin etapa ni nombre,
ante el mustio silencio del arcano infinito,
como si presintiera la llegada del hombre!
. . . .

...Y vi cómo el planeta se pobló de visiones:
los seres animados de una vaga experiencia
violaron los secretos de sus vastos arcones,
y a pasos de camello, las civilizaciones
comprendieron la vida por el Arte y la Ciencia.

Y fué todo el Oriente:
desde el austro lejano
ayuntaron los hombres su ambicioso desvelo:
exploraron la tierra, conocieron mi arcano,
y al tenerme en la cuenca de su férvida mano
parecíles un astro desprendido del cielo!
Después, todos los hombres de innúmeros países
miraron a la tierra como arca de caudales,
y del puño cerrado de sus negras raíces
extrajeron la pompa de mis regios matices
y exornaron los pomos de los cetros reales.
Temblé entonce en las copas del angélico vino
que ofrendaron las uvas del valle Senaar;
temblé bajo los rizos de la frente de Nino:
Semíramis me tuvo por el rayo divino
que brillaba en los dedos de Teglatfalasar.
Viví en Alejandría coronando la frente
del ídolo sagrado de Osiris y de Amón,
y a la luz fabulosa de las tardes de Oriente,
miré soñar a Belkis, melancólicamente,
en los ojos astrales del Buen Rey Salomón.
Soy símbolo de todas las múltiples pasiones:
mirada en que se abisma la casta juventud;
en mí se cifran todas las blancas ilusiones
que luego se desatan en rudas ambiciones
segando para siempre la flor de la Virtud.
. . . .
En Venus Matutina brillé sobre los mares.
En mi lumbre sin mácula se inspiraba la Grecia
que elevaba a sus dioses los marmóreos altares.
He ceñido las frentes de explosiones lunares
y enjoyado los brazos de la púber Lucrecia.
Yo soy el soberano de las piedras preciosas:
soy lágrima y estrella, soy dolor y placer;
desciendo de unas negras entrañas silenciosas,
y tengo la pureza de las místicas rosas
que fingen en las ánforas mejillas de mujer.
He estado bajo el torno del hábil lapidario
y he puesto en sus buriles la magia de mi luz:
he sido en las penumbras el alma del sagrario,
y en el tosco madero sobre el Monte Calvario
palpité en las retinas del muriente Jesús.
Yo soy cosmopolita:
me fecundó el carbono
en Egipto, en la India, la Sicilia y Sumatra;
dejé entre las hulleras la majestad del trono,
y ha siglos que mis gemas bebieron abandono
en las hondas pupilas de la reina Cleopatra.

He unido las edades—minutos de mi vida—
y he puesto ante los ojos fantásticos derroches:
he visto la culebra del trípode, dormida...
La magia de mis venas ha siglos fué vertida
en los cuentos azules de «Las mil y una Noches».
Yo tengo el iris suave del trémulo rocío:
la pura transparencia del alma de una hermana;
imitan mis quietudes parálisis de río,
y soy como un espejo donde mira el vacío
de sus astros errantes pasar la caravana.

. . . .

. . . .

Soy caja donde el rayo guardó su fúlgea veste:
estuche en donde queda prendido el arrebol,
y tengo la grandeza del piélago celeste
que adorna de luceros el tálamo del Sol!

EL ZAFIRO

.. la pradera rubia donde las
Hadas se coronan de zafiros...

Frega, Vora, Yolanda y Melusina...
Sutileza ideal de las riberas
del Rhin, en donde todo se prestigia:
en donde el suelo enamorado siente
el beso de las horas y las brisas,
y en donde Bóreas tenue y melancólico
las ramas peina y las vertientes riza...
Valles de luna y de silencio, en donde
la vida acompasada se desliza,
y en donde ponen los encantos toda
su orquestación de duendes y de ondinas:
recodos de leyenda y de pasado
donde forjan los duendes su divina
joyería de ensueño, y van los gnomos
que consuelan las novias afligidas,
por las rutas quiméricas, en lo hondo
de las selvas prohibidas...
Los patriarcas enanos, cuyas barbas
son riberas de lotos florecidas...
Amigos del prodigio y del misterio
que guardan el alcázar de la Vida:
diminutos danzantes de la noche,

de sandalias de luz y áureas pupilas,
que con los elfos sus hermanos corren
en las eras de blancas margaritas...
Los coriganes de cabezas rubias,
trajes de niebla y mágica sonrisa;
los nixos que brillando en los estanques
como llamas de fósforo vacilan...
Los trolls de vestiduras perfumadas
que duermen en las rosas pensativas...
¡Oh cortejo risueño que los cuentos
tejieron con las hebras de la brisa!
Cortejos imposibles que el Ensueño
forja en las fraguas de la Fantasía!
Deidades del azul, bebed mis aguas!
Vestid con el color de mis pupilas!

Ved a Frega, la pálida, que llora
lágrimas de oro: ved a Melusina
que enguirnalda de blanco las praderas
con la mágica luz de su varita:
a Vora, que en los pinos soñolientos
pulsa el arpa de notas indecisas;
a Titania la loca, que en la noche
desciñe al viento la melena undívaga;
ved la rubia Yolanda que deshoja
sus cantos en la fuente cristalina:
a Mab, que en su carroza, por las rutas
musgosas de la selva, pasa y guía
sus dos potros azules (moscas de oro
con élitros de luna) que la tiran...

Van pasando las reinas de los cuentos:
Frega, Vora, Yolanda y Melusina...
. . . .

Origán, Margiolano, Flor del Lino,
sutilezas quiméricas distantes,
que sois como un puñado de diamantes
arrojados en medio del camino...
Vosotros que cuidáis del peregrino:
de todos los cansados caminantes;
que ofrendáis la ilusión a los amantes
y humedecéis las ánforas de vino...
Vosotras, oh deidades hiperbóreas,
que cantáis en la noche, cuando el bóreas
modula en los pinares su suspiro,

venid para enjoyaros con mis gemas:
ornaré vuestras pálidas diademas
con mi azúreo cristal: ¡soy el zafiro!

LA ESMERALDA

Así traduje el secreto de esta
piedra lúbrica y gloriosa...

Yo soy un poco de agua pensativa
que se filtró del fondo de los lagos:
como el Diamante, supe los estragos
de toda la existencia primitiva.
Soy la pálida efigie del hastío
del Hombre, de la Selva y del Arcano;
una escama del férvido oceano
y un remanso monótono de río...
Yo soy la piedra mórbida, enfermiza
como el espectro de la obscura pena:
por eso me llevaba Magdalena
cuando ungió sus cabellos de ceniza.
Yo guardo el peligroso neurotismo
de un recóndito «mal azul y verde»...
Ay de aquél que en mis dédalos se pierde:
yo no tengo riberas, soy abismo!
Soy el ojo del monstruo que fascina:
el dardo venenoso que se clava;
el fanático filtro de la esclava
y el grisú crepitante de la mina.
Descifraron los magos de Caldea
mis gélidas entrañas, y dijeron:
«Los dos hijos del Rey que se murieron
amaban a la lúbrica Astartea...»
Yo soy el ojo inmóvil que medita
bajo la obscuridad de las cavernas,
y que acecha, en la sed de las cisternas,
la santa beatitud del cenobita.
Soy frescura que engaña: San Antonio
se apartó de mi lúbrica grandeza,
como si fuera mi fatal belleza
algún signo excitante del demonio!
Yo coroné de pámpanos la frente
de Grecia joven, y el jovial veneno,
del culto del dios Baco y de Sileno
un rito popular hizo en Oriente.

Buscad en los racimos de las uvas
la causa que al espíritu contenta:
es que el tirso de Baco las fermenta
en el amplio regazo de las cubas!
Yo soy la placidez de la ribera
que a gozar la existencia te convida:
huye de ella, que el agua está podrida!
¡te engaña su aparente primavera!
Soy copa de cicuta entre los labios
que pidieron ansiosos a la Ciencia,
el origen del mal, la decadencia
de civilizaciones y de sabios...
Soy la piedra del Vicio y la Lujuria,
del Placer, de los Èxtasis, la Muerte!
la caja de Pandora que se invierte
y la cita traidora de la Furia!
Yo pongo palidez evanescente
en la carne glacial de las ojeras,
y entrego a la caricia de mis fieras
los últimos pudores de la Mente!
Nerón vió a mi través los soberanos
esplendores de Roma bajo el fuego,
y en la arena del Circo, alzarse el ruego
de los rebeldes mártires cristianos.
Yo fuí el ojo del mal y la demencia
de los antiguos crímenes ducales:
al pomo de sus ágiles puñales
me llevaron las damas de Florencia.
Guardo en el seno la feroz herida
de la pasión al desbordante celo:
temblé en los ojos ásperos de Otelo
acechando a Desdémona dormida!

Qué ha sido del origen placentero
del labio en flor y el alma adolescente
de mi frescura, que ciñó la frente
con sus lazos de luz al padre Homero?
En dónde están los pífanos de caña,
las uvas glaucas, las manzanas rojas,
que entre mis otros émulos—las hojas—
llenaron de rumores la montaña?...
La luz de los crepúsculos marinos,
¿no vió danzar en ágiles rondeles
—en torno a los simbólicos laureles—
a los gesticulantes campesinos?...
El campo verde, que domó la trilla
celebrando el retorno de su exilio,

no inspiraba a Teócrito y Virgilio
la pre-fecundación de la semilla?...

Yo encierro los extremos de la idea:
soy la sombra del Mal; Luz del Idilio:
¡Satánica en los ojos de Astartea
y angélica en los ojos de Virgilio!

EL RUBÍ

Mi sér simula el fuego; la llama que devora:
mi sino está en la lumbre brutal de las hogueras;
palpito en las pupilas en celo de las fieras,
e incendio con mis fraguas la nube que decora
con ígnicos diseños las verdes cordilleras.
De aspectos multiformes dotádome ha la Tierra:
mutismo de remanso, solemnidad de mar;
—las dos polaridades que el corazón encierra—
feroces las heridas de la implacable guerra
y dulcemente rojas las brasas del hogar.
Soy sangre de los hombres:
en mi cáliz eterno
bebieron los humanos su belígero afán.
Filtrado por las vetas hacia el trípode interno,
caí sobre las llamas bullentes del infierno
y salpiqué de rojo las alas de Satán.
Bandera de los héroes de púgiles hazañas
que enjoyaron sus armas con la sangre vertida...
Fontana inextinguible, por cuya abierta herida,
los flujos impetuosos—volcán de las entrañas—
invaden en torrentes las selvas de la Vida!
Bosquéjase en mis aguas el símbolo divino:
¡ser sangre de los justos!—Alcázar soberano
que tras de la tortura tiene abierto el Destino.—
Encierro Muerte y Gloria: por el mismo camino
se hicieron inmortales Juana de Arco y Giordano.
. . . .
. . . .

Decoran mis jacintos las manos femeniles;
escucho en las hogueras los cantos pastoriles
las noches de San Juan;
mis émulos granates decoran las manzanas
que luego entre los labios de mozas aldeanas
su gloria cantarán.

Los coros de las ninfas de pie rosado y breve,
la rosa centifolia, copón en donde bebe
la abeja del jardín;
los granos del cafeto, las pulpas esponjadas,
—estuche en donde guardan mis gemas las granadas—
joyeles de carmín!
Decoro los perfiles de los nevados montes:
con sangre de mis senos, los vastos horizontes
teñidos de arrebol,
enjóyanse las fimbrias de rúbicos encajes,
que fingen desde lejos pletóricos ropajes
en donde sangra el sol!
Del vientre áspero y rudo, los cíclicos volcanes
desatan en las selvas—cual pétreos huracanes—
su roja tempestad:
Sepúltalas su aliento forzando las cadenas,
y entonces, en las sombras, fecúndase en mis venas
la eterna actividad!

LA AMATISTA

Digna tan sólo de la ungida mano:
mística gema del claustral decoro,
donde cantan «los órganos de oro»
la augusta majestad del dios Cristiano.
Cetro del alto Emperador Trajano:
diadema de Almanzor, califa moro;
pompa celeste donde oficia el coro
del César y Pontífice Romano.
El ático cincel de Benvenuto,
en los bordes del cáliz impoluto
incrustó mis románticas facetas,
para que, protegida por la capa,
la sombra ávida y trémula del Papa
se embriagara con vino de violetas . . . .

* * *

En el fuego lunar de mi opulencia
ha nielado el artífice suntuario,
un minúsculo y fino relicario
con el texto en latín de una sentencia.

Símbolo grave de ritual clemencia
que pende del litúrgico rosario,
como cárdena rosa del Calvario
en el pecho de un Papa de Florencia.
Majestuöso pectoral de gloria
de Alejandros y Píos, cuya historia
colma de gemas el arcón romano,
Y que, cuando el Pontífice aparece,
es un ramo de lilas que florece
asomado a un balcón del Vaticano . . .

EL TOPACIO

Soy una hebra de sol en una caja
de sílice, de alúmina y fluorita,
que adornó con su mágica varita
el prohibido jardín de Lindaraja.
Yo fuí en la danza impúdica, sonaja
del molífico harén del sibarita;
gota de oro en la blanca margarita
con que la duda del pudor se alhaja.
Imitaron mi temple los guerreros
que en Castilla lucharon por sus fueros
contra el herraje de la acción moruna,
porque al verme hecho sol en los espacios,
las Hadas incrustaron de topacios
la espada de don Álvaro de Luna.

LA TURQUESA

Soy la pálida lumbre de la aurora
reflejada en un témpano de hielo,
donde vive el amargo desconsuelo
de todo lo que sufre y lo que llora.
El alma del poeta me atesora:
ese místico pájaro del cielo,
que siente la nostalgia y el anhelo
de cantar los jardines de la aurora.
Ved pasar las siluetas de las vivas
encarnaciones del amor, cautivas
que fueron aldeanas o princesas . . .
Todas van por el áspero sendero
al lejano ideal, donde un lucero
se enjoya de fantásticas turquesas . . .

EL ÁGATA

En mis ondas parece que yaciera
la extática expresión de la pupila
de un gato, que del fondo de una pila,
caer los astros sobre el agua viera.
Silenciosa expresión que a la ceguera
de un bosquejo de barro me asimila,
o a los ojos de un Cristo que destila
melancólicas lágrimas de cera.
Cuando del arte al inspirado soplo
modelaba el acero del escoplo
un boceto en arcilla de la Ausonia,
Brotaban de mis aguas estancadas
las exangües pupilas apagadas
del divino poeta de la Jonia . . .

EL OPALO

Soy el nácar doliente de una rosa
de indeciso blancor de porcelana;
una gota de savia, leve y vana
en las alas de alguna mariposa.
Dentro mi láctea palidez, reposa
como un velo detrás de una ventana,
la material fecundidad humana
donde gesta la vida silenciosa. . .
La aurora de mis gemas boreales,
a las obscuras vetas germinales
con un amor nostálgico se aferra,
como si al desprenderse de su lado
lamentase el proceso que ha pasado
en las bolsas matrices de la tierra . . .

* * *

Calla la última gema . . . . En la distancia
se abre el terso abanico de la aurora,
y al vaivén de una vaga somnolencia
la Noche se va en hombros de las Horas.
Con la irreal atenuación del sueño
que idealiza la mente de las cosas,
en la blanca quietud de la mañana
el desfile quimérico se borra.
. . . .
. . . .

El Diamante, cual gota de rocío
se dormirá en el cáliz de las rosas;
el Zafiro cual símbolo de Ensueño,
dormirá en el cincel, palabra o nota;
la trágica Esmeralda, en el regazo
de las fascinaciones y las hojas;
el Rubí, la Amatista y el Topacio,
en la sangre, los ritos y las pompas.
El Ágata en los ojos sin pupilas:
la Turquesa en el alma del que llora,
y el Opalo de Hungría en las entrañas
«donde gesta la vida silenciosa» . . .

RAFAEL CARDONA

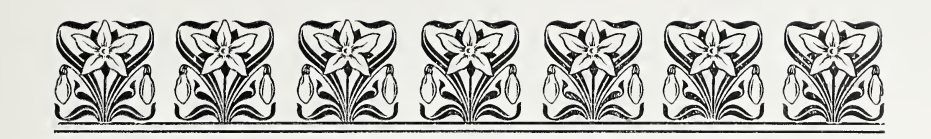


POEMA DE LOS TRONCOS

ARTURO GARCÍA SOLANO



ARTURO GARCÍA SOLANO



POEMA DE LOS TRONCOS [1]

Hilad la seda de vuestro seno; libad vuestra propia miel: cantad vuestras canciones, porque tenéis un árbol, un panal y un nido.

J. V. González

Hasta la ruda frente
de un tronco carcomido—que asoma tristemente
su lívida figura
cual roto monolito de alguna sepultura—
llegó una golondrina que en pertinaz revuelo
apacentaba nubes por la extensión del cielo;
y en la quietud agreste de aquella serranía,
así los dos hablaron:

EL TRONCO

¡Dulce es vuestra alegría!

LA GOLONDRINA

Mi canto es de tristeza... Nostálgica, doliente,
erré por todas partes buscando ¡vanamente!
mi tierra, que aun ignoro, porque nací en la oscura
techumbre de una iglesia de vieja arquitectura
y fuíme hacia las nubes sorbiendo entre sus huellas
el éter que en las noches incendian las estrellas...
y retornar no pude a la techumbre amada!
¡Yo soy la inconsolable, la errante desterrada!

1 Laureado con la Violeta de Oro.

EL TRONCO

No os aflijáis... A todos un dolor nos acosa:
así al torrente bravo como a la frágil rosa.
Yo fuí gentil y noble; llevé un penacho de hojas
que rutilaba airoso bajo las tardes rojas,
y hoy vivo de recuerdos, perdido en estas lomas
zurciendo con retoños mi andrajo de carcomas!...

LA GOLONDRINA

Y qué recuerdo es ese que os colma bondadoso?

EL TRONCO

La visión del Pasado; mi pompa de coloso
que acarició la urdimbre de los sedosos nidos
y miró entre sus ramas—cual cestos suspendidos—
explosiones de orquídeas de afelpados colores
donde dejó el rocío sus trémulos fulgores...

LA GOLONDRINA

¡Qué hermosa fué tu vida; pero sus frutos vanos!...
Decid: ¿en donde están tus hijos, tus hermanos?

EL TRONCO

¿Mis hijos?—los robustos—cayeron en la tala
como el halcón rebelde que lleva rota un ala!
y hoy son en los harmonios registros musicales;
techumbres religiosas de antiguas catedrales;
indómitas fachadas; coquetas talladuras
que muestran en la alcoba sus mórbidas figuras;
soberbios trasatlánticos de portes imperiales,
y tímidas canoas que atraviesan raudales!

En mis viejos hermanos, que la Vida no mella,
hay la olímpica pompa del fulgor de una estrella:
son laureles que dieron con sus clásicos gajos
seculares prestigios a empolvados andrajos
que en pretéritas lides de gallardos guerreros
absorbieron la sangre por los torvos aceros;

y laureles que en mármol—cual un símbolo egregio—
las estatuas levantan en gentil florilegio:
tal el blanco de espumas, tal el verde que avanza
tremolando a los aires su pendón de Esperanza;

son rugosos olivos de una estirpe sagrada,
que al doblarse la frente de Jesús, coronada,
—desde el místico huerto y entre vivos fulgores—
convertirse miraron las espinas en flores.

Y al llevar la paloma de sus ramas la flor
sobre el Arca cubierta por el ígneo fulgor,
fué la Paz que triunfaba rubricando el gran flanco
del oscuro horizonte con su veste de blanco;

y son cedros caducos de ruinosas figuras
que fingen de los siglos las hoscas sepulturas...
Buscad en los del Líbano sus vagas inflexiones
y ahí veréis la sombra de mil generaciones:
estrellas que se apagan y mares desbordados;
y pueblos que vencieron y pueblos conquistados;
la ruta de los Bárbaros abriendo el continente
con los torvos vigores de su puño inclemente:
y Moisés—el Profético—con la tropa harapienta
de los hijos de Israel ve rugir la tormenta,
mientras se abre la aurora del gentil Nazareno
como la luz que sigue tras el fragor de un trueno!

Y son troncos musgosos que en las selvas oscuras
con liquen y con flores alegran sus figuras,
mientras rubias abejas en gracioso tropel,
van colmando risueñas su corazón de miel...
Ellos dan a los pobres insectos su corteza
como asilo amoroso de perenne tibieza,
y a las turbas de pájaros—errantes soñadores—
les enredan sus nidos en urdimbres de flores!
. . . .

LA GOLONDRINA

Loor a tus hermanos
que en cojines de siglos se recuestan ancianos!

Loor al dulce olivo y al cedro y al laurel,
y a los rugosos troncos de corazón de miel!
Porque vieron el germen de la edad primitiva
desbordarse en el Cosmos, como el agua cautiva
que rompiendo los diques va ensanchando el ribazo
por la inmensa llanura que le da su regazo.

Porque fueron el símbolo con que selló la Gloria
—cincel, espada, o pluma—la soberbia Victoria.

Porque aman a los tristes y les dan su corteza
como asilo amoroso de perenne tibieza...

Loor a tus hermanos
que en cojines de siglos se recuestan ancianos!

EL TRONCO

Y a tí también loores porque eres bondadosa,
y dais a las palabras un perfume de rosa;
porque fuiste a las nubes sorbiendo entre sus huellas
el éter que en las noches incendian las estrellas!

LA GOLONDRINA

. . . .

Mi cariñoso amigo: qué bello si pudiera
vivir en tus vetustas carcomas, a manera
del místico recuerdo que colma un relicario!...
Tu voz que es el acento de un soplo milenario
sería el dulce arrullo del caracol marino...

EL TRONCO

Quien niega sus regazos al triste peregrino?
Quedad... y entre mi seno tu místico plumaje
será como la flor que va aromando un traje...

LA GOLONDRINA

Retornaré mañana!
«La juventud es breve»
y pronto mis pulmones «se cubrirán de nieve»,
y no podré mirar entre un recuerdo amado
mi sombra cual la tuya surgiendo del pasado!

Dejad que yo prosiga la ruta interrumpida,
y que haga más intensa la trama de mi vida!
. . . .
. . . .

Y mientras a lo lejos, la clámide rumbosa
de la tarde extendía su gasa en la montaña
—a modo del aliento con que un cristal se empaña—
furtiva, silenciosa,
partió la golondrina bajo el azul del cielo
borrando entre las nubes la sombra de su vuelo...

ARTURO GARCÍA SOLANO

EL TRIUNFO DEL IDEAL

ROGELIO SOTELA



ROGELIO SOTELA



EL TRIUNFO DEL IDEAL [1]

POEMA

A la memoria de José Asunción Silva

Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

GUILLERMO VALENCIA

Es Polimnia, la Virgen Soberana,
la helénica deidad de porte egregio
que va buscando en la vereda humana
—vestida por los hombres de gitana—
al Bardo que le dió su canto regio.

Al Poeta que dió todas sus mieles
como ofrenda a la turba envilecida
que negó el esplendor de sus laureles
y puso como estigma en sus broqueles
la lúbrica leyenda de su vida.

Pensativa siguió por la vereda
con la nostalgia de su cisne muerto,
como buscara entre las ondas, Leda,
las huellas de aquel pájaro de seda
que el plumón en sus brazos dejó abierto.

Y la musa encontró en el solitario
y ríspido sendero a un peregrino
—como la flor votiva de un Sagrario—
dejando su ilusión de visionario
prendida en los zarzales del camino.

1 Premiado con el único Accésit.

Era un doliente trovador, proscrito
y señalado por la plebe fiera,
que tuvo ante los hombres el delito
de beber en el cáliz de su rito
la blanca comunión de una quimera.

Y con voz de cristal, en la sumisa
beatitud de la tarde virgiliana
que en los montes dejaba una sonrisa,
como un rumor de arpegios en la brisa
dijeron el poeta y la gitana:

POLIMNIA

Tú que éres un niño con alma de profeta,
que en las pupilas llevas serenidad de asceta
y que me miras siempre como un amigo bueno,
así como mirara Jesús, el Nazareno . . . .
Tú sí puedes oír, soñador, a tu hermana,
a tu hermana la triste, la doliente gitana
que se pasa las horas y se pasa los días
desgranando el rosario de sus melancolías;
porque tú compresdiste lo que el hombre no alcanza:
la excelsitud Suprema que lleva una esperanza.
En tanto que los seres ignoraron las huellas
de esta loca gitana que se ve en las estrellas
—espejos donde viera su ilusión el Amado—
aquél que dió a la vida su toisón encantado.
Tras él por el sendero seguí serenamente
y encontré que tú eras como el cantor, doliente.

EL POETA

El ha sido el ungido de tus hondos quebrantos.
Hermana entristecida, recordemos sus cantos . . . .

POLIMNIA

Con sus cantos la vida se ennoblece y se ensalma.
Poeta, arrodillemos por su canción el alma.
Recemos porque el mundo para cantar no acabe,
poniendo una sonrisa sobre la vida grave.
Hermano que has tejido las urdimbres de oro
de tus ocios de ensueño; sentirás lo que imploro.
Yo fuí la dulce amada del amado trovero
que ritmó con el alma su canción de soñero
llevando en las pupilas una inquietud secreta.

EL POETA

Hermana, bendigamos la inquietud del Poeta.

POLIMNIA

Bendigamos al Bardo por su noble canción;
a él que fué dejando la miel del corazón
regada en el sendero . . . . Bendigamos la albura
de su alma de niño de intocable blancura.
Bendigamos lo noble de su lírico Esfuerzo
que modeló su escudo con el cincel del verso
para exaltar la Euritmia con devoción pagana.

EL POETA

Y también bendigámosle por su humildad, hermana,
para que le bendiga la turba que le reta:
la turba que no quiere saber qué es un poeta.

POLIMNIA

El poeta es un mago que se ciñe de tules:
Es un pájaro blanco con las alas azules.

EL POETA

El poeta es un índice clavado en el mutismo
que conjura a los hombres y señala el abismo.
El poeta es compendio de la Nada y del Todo;
corazón de Arlequín y alma de Quasimodo.
A veces, clavicordio desgranando un salterio,
y siempre taumaturgo imprecando al misterio.
Los poetas son émulos de la Naturaleza,
que viven, cuando cantan, la Suprema Belleza.
Son los evangelistas y los reveladores;
los eternos sedientos, los mágicos cantores
que señalan la senda para la humanidad
y se ungen con el óleo de su propia Verdad.
Son oídos abiertos a las palpitaciones
del mundo. Son heraldos de las generaciones.
Cuando impetuosamente cabalgan sus centauros,
al horizonte cubre la gloria de sus lauros.
Cuando brillan sus cascos en la ruta, las huellas
son heridas abiertas en floración de estrellas.

Son los grandes videntes; son el *yo* formidable
que palpita en las cosas con poder inmutable.
Si Dios quiso en la tierra reflejar su silueta
al *fiat lux* de sus labios se humanizó el Poeta.

POLIMNIA

La gloria de mi Bardo! Por eso es que he venido
y he encontrado al Poeta coronado de olvido.
He visto cómo cubren de acíbar y de cardos
a aquél que dió sus mieles y que ofrendó sus nardos.
He visto cómo llenan de oprobio su recinto
y deslustran el nombre purísimo del plinto;
porque el contorno humano
desconoce la senda de ese Bien Soberano.
Por eso es que me gritan la loca y la harapienta;
porque para los hombres la musa es una afrenta.

EL POETA

Tu veste es sin mancilla como el plumón de un ala.
Salve, Bohemia, Salve! A tu bondad no iguala
nada más que la blanca comunión de las rosas
y las rosas son buenas sobre todas las cosas . . . .

POLIMNIA

Ponen tántos aromas en la tumba querida!
Ellas son pinceladas de sonrisa en la vida.
El peplo de las diosas se teje con su esencia
como se teje el cielo con la magnificencia
de la luz. Ellas son los motivos mejores
para vosotros, sabios y dulces tejedores
de la vida en azul, que consagráis las rosas . . . .

EL POETA

Yo cantaré un hosanna para todas las diosas!
Los poetas cubrimos vuestra estirpe con galas
de ensueño y os ponemos con nuestras rimas alas
para que séais al bardo como las mariposas
en torno de una flor . . . .

POLIMNIA

La senda de las diosas
fué para los poetas alfombrada de flores;
hay en ella boscajes para los ruiseñores
que cantan en la sombra. Y en esa ruta hay una
fontana donde aduerme su tristeza la luna . . . .
Allí la Vida canta su excelsitud, y ríe
y es todo una explosión de luz que se deslíe . . . .
Es la ruta en que Dios sutilizó su pauta.
Poeta en esa ruta desgranará tu flauta
los ritmos milagrosos de la santa Harmonía;
aparta de los hombres que la diosa te guía;
allí tendrá tu frente las gemas de tu verso:
poeta, en esa ruta, comienza el Universo!

* * *

Después, por el sendero,
al ritmo silencioso de un cántico de amor,
Siguieron lentamente la musa y el trovero
asidos de la mano, por la vereda en flor.

Y allá, sobre las cumbres de clásico diseño
mostró la diosa al bardo con un gesto triunfal,
los que en la vida fueron buscando con empeño
la linfa donde abreva su vino el ideal.

Allí todos los magos que conjuró la Vida;
los sabios, los dolientes de idílico soñar,
los grandes pregoneros, los que con fe sentida
quisieron que los hombres vivieran para amar.

Y sobre los abismos los poetas hablaron
llenando los espacios el treno de su voz.
Todos los que rugieron, todos los que imploraron,
los olímpicos cisnes que la Vida cantaron
teniendo por breviarios los códices de Dios.

(La voz de los poetas)

Nosotros fuimos todo. Bajo del cráneo inmenso
de los espacios mudos—como un fragor suspenso—
quedaron los rumores de nuestras clarinadas
que fueron apotegmas de rojas lumbaradas.

Sonaron nuestras trompas con estentóreos gritos
para culpar al hombre de todos sus delitos.
Señalamos las zarzas y los estercoleros
y pusimos un triunfo de luz en los senderos.
Dijimos sobre el monte de nuestras claridades
el dolo y la perfidia de todas las Edades.
Pero ellos nunca vieron sobre el rudo peñasco
la claridad divina que se anunció en Damasco.

(Otras voces)

Se entreabrió en nuestro huerto mucha flor de cariño
para todos. Llevábamos un corazón de niño
que sólo sonreía; un corazón sereno
que bebió de los hombres nada más que veneno.
Hicimos con Pierrot y Arlequín pantomima,
hilvanando las horas cual se hilvana una rima.
Para todos tuvimos nuestra unción de ideales
y en cambio nos clavaron sus más fieros puñales.
Cantamos alegrías y deshojamos flores
y les dimos arpegios como los ruiseñores.
Pero ellos el reinado de la Belleza oprimen
y en su cubil acogen como a un poder, al Crimen.

(Otras voces)

En nuestra celda mística tuvimos incensarios
de blanca epifanía. Fuimos los solitarios
que en abacial quietud miramos lo infinito
y consagramos toda la vida a nuestro rito.
Bebimos en corolas de lirios, como en una
comunión de blancores que nos diera la luna.
Poblamos nuestra celda con músicas de versos
y asordaban sus trinos, sin piedad, los perversos.
Recogimos las alas en un renunciamiento
y vivimos la vida nada más que un momento.
Pero ese misticismo de dolorosas crisis
se adormeció en los brazos exangües de la Tisis.

* * *

(Coro de voces)

Y en cambio del insulto blasfemo y del estigma
tenemos el orgullo de ser como el Enigma.
Vivimos sobre el dombo de cumbres y de moles
en eterno consorcio de ritmos y de soles.
La Humanidad no quiso columbrar nuestros rastros
Y aquí nos coronamos con cielos y con astros!
. . . .

Tales fueron las voces de los magos Poetas
que colmaron la noche con sus grandes siluetas.
Y el arcano inmutable, recogiendo la sombra,
tendió una escalinata de luz como una alfombra.
Fué un brazo milagroso que extendió el infinito
para la apoteosis del soñador proscrito.
. . . .
. . . .

Y allá, donde un lucero se perdía
cual broche astral sobre la augusta cumbre,
el sereno horizonte se encendía
envuelto en ondas de sidérea lumbre.

Y al agitar Polimnia la melena,
en una tenue irisación de plata,
la ágil sandalia de la musa helena
brilló sobre la fúlgea escalinata.

Desató la blancura de sus galas
con impasible majestad de diosa,
cual despliega la nieve de sus alas
la veste de una blanca mariposa.

Y nimbados de un halo evanescente,
desnudos de su clámide los flancos,
por la Ruta Ideal, serenamente,
se fueron como dos pájaros blancos . . . .

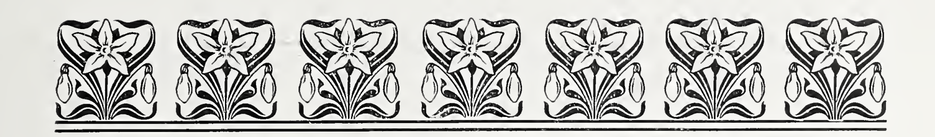
rogelio SOTELA

EL BESO DE LA ESFINGE

CAMILO CRUZ SANTOS



CAMILO CRUZ SANTOS



EL BESO DE LA ESFINGE [1]

—. . . Reparad, señor de Salcedo, en que esos rusos no llegan nunca. ¡De buena gana pondría yo alas en los pies de los regimientos del Czar!—repuso Alicia, sacudiendo los rizos castaños que le caían sobre la nuca.

—Los rusos son tardos en movilizarse, pero son recios en el combate. Napoleón decía . . .

—Iba a interrumpiros; continuad.

—Sí; Bonaparte decía: «al soldado ruso hay que matarlo y . . . empujarlo después para que se caiga!»

—Oh! no lo dudo; pero me angustia tánto pensar que los prusianos pueden sitiar y destruír a París . . . París no es sólo de los franceses; París es también algo de todo el mundo; algo nuestro; todos tenemos un derechito allí . . .

—Es verdad, hermosa niña,—dijo en extremo complacido el diplomático.

Hubo un breve silencio.

—Si no me equivoco, habéis estado en Rusia—insinuó doña Clemencia, la señora de la casa, que seguía con atención el diálogo entre su hija y don Eugenio de Salcedo.

—Estuve dos años en San Petersburgo, como Secretario de la Embajada. Dos años que no olvidaré nunca.

—Don Eugenio—exclamó Alicia con vivacidad,—contadnos algo de ese país tan frío y lejano, de ese Imperio en

1 Cuento premiado con Medalla de Oro.

donde las mujeres tienen nombres tan lindos: Olga, Vera, Irma, Fedora . . . Qué dicha llamarse así!

—Las rusas son más bellas que sus nombres; os lo aseguro.

En los ojos garzos de Alicia encendióse una inquieta alegría.

—Tan bellas son?

—Su belleza no tiene rival en el mundo. Cuando en el Bosque de Boloña hay una mujer que arrastra todas las miradas, con seguridad que es una rusa, o que ha nacido en Nápoles.

Unas son esbeltas, ágiles, tienen cutis de nácar, cabellos de oro pálido y ojos de esmeralda. Otras tienen profusas cabelleras de ébano, el color mate y ojos como los vuestros . . .

Alicia hizo un mohín adorable, e inclinando un poco el fino busto sobre la mesa, insinuó una súplica:

—Referidnos alguna de vuestras aventuras en aquel país de las estepas misteriosas, en donde, según decís, son tan bravos los hombres y tan bellas las mujeres. Alguna aventura. . .

—Tienes diez y ocho años y eres más curiosa que una colegiala—interrumpióla doña Clemencia, en tono de amable reproche.

—Tienes razón, mamá; pero, ¿qué quieres?—replicó Alicia sonriendo—estoy casi cierta de que nuestro amigo ha tenido en Rusia la más original de sus aventuras galantes . . . ¿No es así señor diplomático?

Don Eugenio retorció el sedoso bigote negro y subrayó la respuesta con una sonrisa equívoca de hombre de mundo:

—¿Y si yo os dijera que no fué en San Petersburgo, ni en Viena, ni en París, en donde tuve el lance más original de mi vida?

—¿Acaso en Tokio, o en Bombay?

—No acertáis aún.

—Os ruego que lo digáis, porque me muero de curiosidad.

—Pues bien: aquí!

—Aquí?—protestó Alicia, entre sorprendida y contrariada, como si temiera ser objeto de una burla.

—Sí, encantadora Alicia: aquí, en nuestra pequeña capital, en este «sanatorio de almas» . . .

* * *

Era la hora de la sobremesa. La doncella —una ficha de dominó, con su delantal blanco sobre el trajecito negro— puso el servicio de electro-plata y las tacitas de porcelana de Sajonia en que humeaba el café. Sobre el níveo mantel esfumábanse, como los fondos claros de una acuarela, los reflejos del búcaro azul colmado de crisantemos.

El diplomático encendió un cigarrillo turco, cruzó después una mirada con doña Clemencia, y, alentado por ella y por el ambiente propicio de aquella discreta intimidad, comenzó a referir la peripecia más original de su vida de salón.

—Hace unos catorce años derrochaba magníficamente mi juventud y la herencia de mi padre. Era fanfarrón y fatuo y hacía el amor a todas las mujeres; tenía vocación para la vagabundería y pensaba dedicarme a la diplomacia . . .

—Os calumniáis atrozmente, señor de Salcedo.

—Dejad, señora, que, a mi manera, me haga justicia retrospectiva.

Alicia envolvía en una mirada escudriñadora a aquel hombre tan elegante y viril, que cuidaba con igual esmero de sus corbatas y de sus palabras, y le hallaba profundamente simpático. Pero lo que más la atraía era su manera de decir, el timbre de su voz, suave y firme, que parecía que acariciaba y ennoblecía las ideas.

Entre mis amigas de sociedad—continuó don Eugenio de Salcedo—había dos que me atraían de diverso, pero irresistible modo. Pasaban meses y no sabía por cuál de ellas decidirme. (No os contrariará que las llame por otro nombre, pues ambas viven todavía). Gladys me atraía por su belleza clásica de líneas puras. Era una muchacha de un escepticismo jovial, aficionada a la ironía; suspicaz e impenetrable.

La que he llamado Inés, era fina, espiritual, apasionada, con grandes ojos negros . . . Y yo me pasaba horas y horas cavilando, sin acertar a decidirme.

Ninguna de las dos sospechaba mi interés por la otra, pues era diestro en guardar apariencias y no tenía necesidad de fingir, porque estaba de veras enamorado de las dos muchachas. Es decir, tan enamorado como puede estarlo un mozo calavera a los veintitrés años.

—Parece inverosímil—dijo Alicia con ingenuo asombro—; cómo es posible amar así, con igual pasión, a dos mujeres tan distintas? Yo, al menos, no podría . . .

—Las mujeres—intervino doña Clemencia—somos menos complicadas que los hombres, y cuando amamos de verdad, que es casi siempre, nos parece que nuestra alma y nuestro corazón y nuestra vida toda, son poco para ofrendarlos al objeto amado. Una es así . . . los hombres . . . son los hombres, hija mía.

La viuda suavizó sus palabras con un gesto dulce de amargura resignada.

Las miradas de Alicia, en divorcio de su pensamiento, revoloteaban, ora sobre la gardenia del smoking, ora sobre el camafeo de la sortija antigua que don Eugenio llevaba en la mano en que sostenía la boquilla de ámbar.

El diplomático reanudó:

—Os aseguro con toda la franqueza de que soy capaz, (y bien sabéis que siempre tengo la sinceridad del momento), que a la sazón amaba, o creía amar, tanto a Gladys como a Inés, y que esa alternativa me tenía perplejo.

Fiel a mi consigna, una noche de baile cortejé disimuladamente a mis dos amigas y bailé con ambas, sin que ninguna tuviera motivo para sospechar mis infidelidades con la otra.

Conocéis esa . . . cómo diré? . . . esa tolerancia tácita que se establece en algunos salones de baile después de la una de la madrugada? La rígida etiqueta se humaniza un poco y, a veces, los novios se atreven a ciertas cosas . . .

De regreso del comedor, en donde tomamos una copa de champaña, Gladys, Inés y yo, a quienes la casualidad había reunido, nos refugiamos en un gabinete contiguo a uno de los salones, y en un delicioso *tête a tête* empezamos a hacer los inevitables comentarios, a desollar al prójimo . . . Una franca alegría de vivir dábanos agilidad espiritual y las frases eran chispazos. La orquesta preludió un vals. Nos pusimos de pie, y apenas habíamos dado dos o tres pasos, cuando se apagó la luz eléctrica. Quedar a oscuras y abalanzarse sobre mí y besarme una de las dos compañeras, todo fué uno.

—Un beso!—dijo vivamente Alicia.

—Sí; fué un beso silencioso y rápido, casi un mordisco sensual.

Permanecí algunos segundos como alelado; después oí rumor de voces y de risas en las galerías; ya más dueño de mí, logré encender un fósforo; cuando llegábamos a la puerta del salón volvió la luz.

Ah! nuestro alumbrado eléctrico es célebre; pero el de Madrid no debe serlo menos, porque los saineteros han usado de este recurso que, en realidad, se presta a situaciones cómicas.

—¿Y después?

—Un caballero se acercó a Gladys para reclamar la pieza inscrita en su carnet. Inés bailó conmigo; sin que pudiera advertir el más ligero indicio de que fuera ella quien me había besado.

Al meterme en la cama aquella famosa noche reconstruí la escena y volví a preguntarme: cuál de las dos fué?

Durante esas horas de insomnio y en las noches siguientes, mi acalorada fantasía formuló todas las hipótesis imaginables y las más peregrinas teorías psicológicas, sin que acertara con la solución del enigma.

Confieso, sin embargo, que tenía como un vago empeño en que la del beso fuera Gladys, por lo mismo que me parecía casi imposible que esa mujer-esfinge me hubiera besado. Decididamente (pensaba), es Gladys; sí, ella. Las mujeres escépticas con mayor facilidad se dejan arrastrar por un capricho momentáneo . . .

Resolví hacerle una visita. Me recibió con su distinción habitual; pero tan serena e impenetrable como siempre, y fracasaron todas mis tentativas para sorprender alguna remota alusión a lo de aquella noche. Cuando me despedí, lo más tarde posible, tenía la convicción de que Gladys era «inocente», y fuí a ver a la otra, a la «culpable» . . .

Envalentonado con mi certidumbre y con la semioscuridad del saloncito rosa en donde me recibió Inés, cambié de táctica y encaminéme derecho a mi objetivo. Tras algunas frases triviales, me acerqué más a ella, y le dije brutalmente:

«La amo como no he amado jamás a ninguna otra mujer. Es inútil que usted finja más. Sí, estoy seguro: tú, tú fuiste la que me besaste aquella noche! . . . Nunca he sido besado así; deja que te . . .» Y traté de besarla. Ella se ir-

guió indignada, furibunda, y con el gesto de una romana de los buenos tiempos, me señaló la puerta.

Salí. Aquello era atroz. No era ella! La mujer que me había arrojado de aquel modo, no era, no podía ser la que me había besado en el baile. Y la conciencia de mi imbecilidad aumentó mi aturdimiento.

—No era Gladys!

—No era Gladys; tampoco Inés, cuál, entonces? En mi cerebro enardecido se confundían las hipótesis con los hechos; sólo quedaba en pie uno, positivo, evidente: que una de las dos me había besado aquella noche. Pero . . . cuál de ellas?

En esto último no he dicho toda la verdad; porque hubo momentos en que empecé a dudar de si habría sido víctima de una alucinación. Entonces cerraba los ojos y volvía a reconstruír por la centésima vez la escena . . . No, no, aquello no había sido una ilusión! Era algo real, algo que al morder mis labios sacudió violentamente mis nervios.

El narrador hizo una ligera pausa, y concluyó:

—Poco tiempo después me fuí a Europa, sin que me hubiera sido dado despejar la incógnita. Todavía hoy me pregunto: la del beso fué Gladys o Inés? . . .

Doña Clemencia torturaba el magín para resolver el enigma, sin atreverse a decir su opinión. Alicia sí: no pudo dominarse y prorrumpió con mucha travesura:

–Qué caso tan curioso y qué a propósito para escribir un folletín! . . . Se me ocurre un desenlace:

«Entonces don Eugenio de Salcedo, decepcionado ante aquel jeroglífico, tomó por testigos a todos los dioses de que sólo se casaría con la mujer que le había dado aquel beso . . . Y ha cumplido su juramento!»

Qué tal? . . .

El diplomático sonrió con infinita ternura a Alicia y la dijo con el ademán de quien toma una decisión suprema:

No está bien ese final, porque el protagonista va a quebrantar su juramento . . .

La viuda también sonreía; era el suyo un benévolo sonreír de futura suegra pacífica . . .

CAMILO CRUZ SANTOS

LIDY

CARLOS JINESTA



CARLOS JINESTA



LIDY [1]

Noche de plenilunio.

El gentil don Luis, venerable octogenario de cabellos rojos, jorobado como Scarrón y cojo como Walter Scott, se internó en los jardines de su palacio. Jardines hermosísimos cuajados de lagos fosforescentes; lagos divinos, sembrados de islitas risueñas; islitas floridas salpicadas de exóticas parásitas con botones de varios y delicados colores. Jardines luminosos ornados de pintados kioskos; clásicas estatuas; rosales polícromos; árboles umbríos, cargados de frutas; árboles nuevos, poblados de arrulladoras aves con plumas de fuego y de oro.

En el cielo, entre claridades, la Luna.

Don Luis con los brazos a la espalda, silencioso, miraba con escrutadores ojos la sombra vacilante que proyectaba su cuerpo deforme en el sendero blanco.

El buen anciano soliloqueaba:

—Mi nietecita tiene los encantos de un pensil. Es fresca cual una palmera en flor. Las guedejas de su cabellera son rubias como los tiernos retoños del níspero. Tiene en su faz el subido matiz de un manojo de rosas al sol. Las húmedas esmeraldas de sus ojos poseen la diáfana inquietud de las gotas de rocío bajo un cielo autumnal y sus manecitas de una suavidad de musgo, el blancor inmaculado del jazmín.

En la iglesia vecina las campanas parlaban clara y dulcemente.

---

1 Cuento premiado con Medalla de Plata.

Dijérase que el sacristán tañía can badajos de plata, vasos de cristal...

El venerable octogenario se arrodilló.

Don Luis de hinojos, las manos juntas, pleno de mansedumbre, oraba beatíficamense en los jardines de su palacio.

Jardines hermosísimos cuajados de lagos fosforescentes; lagos divinos, sembrados de islitas risueñas; islitas floridas, salpicadas de exóticas parásitas con botones de varios y delicados colores.

*
* *

Luego la nietecita.

Lidy apareció entre el follaje. Triunfante como una Diosa Griega. Fogosa como una inglesita núbil.

Cohibida; empinados los pies, se llegó al abuelito, con amor columbino cubrió con sus manos los entornados ojos del anciano.

—Quién me interrumpe?—dijo don Luis.

— Lidy;—le contestó su nietecita—mientras colocaba en los labios del anciano uvas maduras, y fresas dulces como la miel.

—Abuelito—¿Por qué al repicar las campanas de la iglesia, prosternado ante el muelle y lozano altar de este paraje rezas con santa devoción?—Preguntóle Lidy.

—Eso,—interrumpió don Luis acariciando el flexible talle de su virgencita, como se extasiaba Miguel Angel acariciando las curvas primorosas de las estatuas de Belvedere,—es una historia que voy a narraros.

Lidy, recostada indolentemente sobre un montón de piedras, revestidas de musgo, se mesaba el cabello.

«—Murió mi madrecita,—principió don Luis—en una tarde de invierno. Nevaba. Su féretro iba camino del templo. Los árboles cubiertos de armiño y las casas con derruidas barandas y desmayadas enredaderas, daban inusitada melancolía al fúnebre cortejo.

En la casa de Dios.

Su albo ataúd realzado con cintas negras, semejaba un trozo de nieve cruzado de sombras...

El apagado fru-fru de los trajes femeninos, el aroma enervante de los incensarios, el llanto de los candelabros que goteaban en las arandelas y el luto y la palidez de los circunstantes llenaron mi alma de inenarrable desesperación.

Súbitamente.

Las campanas al hender el aire con sus lentas sonoridades derramaron bálsamo inefable sobre mi herido corazón. Una mano mística enjugó el torrente de mis mejillas. Lágrimas quemantes, lágrimas de huérfano...

—Desde entonces, Lidy—prosiguió lánguidamente don Luis, al escuchar los litúrgicos gorjeos de las campanas, invoco de hinojos al Señor, el consuelo y amparo de los menesterosos.

Don Luis y Lidy, cogidos del brazo, mohinos, alejáronse de la espesura. La cabeza de ella reclinada en el pecho de él. Vulcano junto a Venus. Mános decrépitas y rugosas, ojos nazarenos y rostro compungido entre manos claustrales, cabellos adorables; frente tersa, ojos de Minerva, boca de hada, lirio de carne, astro en flor; cuello real; y busto esbelto y armonioso. Una princesita de Leven en brazos de un eremita. Efusivamente unidos perdiéronse en los jardines del palacio.

Jardines luminosos ornados de pintados kioskos; clásicas estatuas; rosales polícromos; árboles umbríos, cargados de frutas; árboles nuevos poblados de arrulladoras aves con plumas de fuego y de oro.

El buen anciano soliloqueaba:

Mi nietecita...

* * *

En uno de los lagos bogaban don Luis y Lidy. No se oían sino golpes de remos y cantos de mujer. Pensad en la belleza de los cuentos orientales.

Mudanza...!

Por causa inexplicable y fatal el barco naufragó aceleradamente en el abismo insondable. Despertar de ánades y mur-

mullos de auras, estremecimientos de frondas y aciagos revoloteos de pájaros. Lidy murió como el cisne... cantando.

Un bulto fantasmal apareció en el seno de las aguas alcanzando glorioso las márgenes salvadoras. Era el gentil don Luis.

A poco.

El alba surgió en el Oriente borrando las sombras y estrellas de la noche. Los áulicos y cortesanos hallaron a su Señor y Dueño a horcajadas en un limonero esparciendo florecillas sobre la pálida muertecita que flotaba en las ondas sonoras. El pobre viejo estaba loco.

Así terminó el idilio de dos almas hermosas, en una catástrofe acaecida en los jardines de don Luis.

Jardines hermosísimos, cuajados de lagos fosforecentes; lagos divinos, sembrados de islitas risueñas; islitas floridas, salpicadas de exóticas parásitas con botones de varios y delicados colores. Jardines luminosos ornados de pintados kioskos; clásicas estatuas; rosales polícromos; árboles umbríos, cargados de frutas; árboles nuevos, poblados de arrulladoras aves con plumas de fuego y de oro.

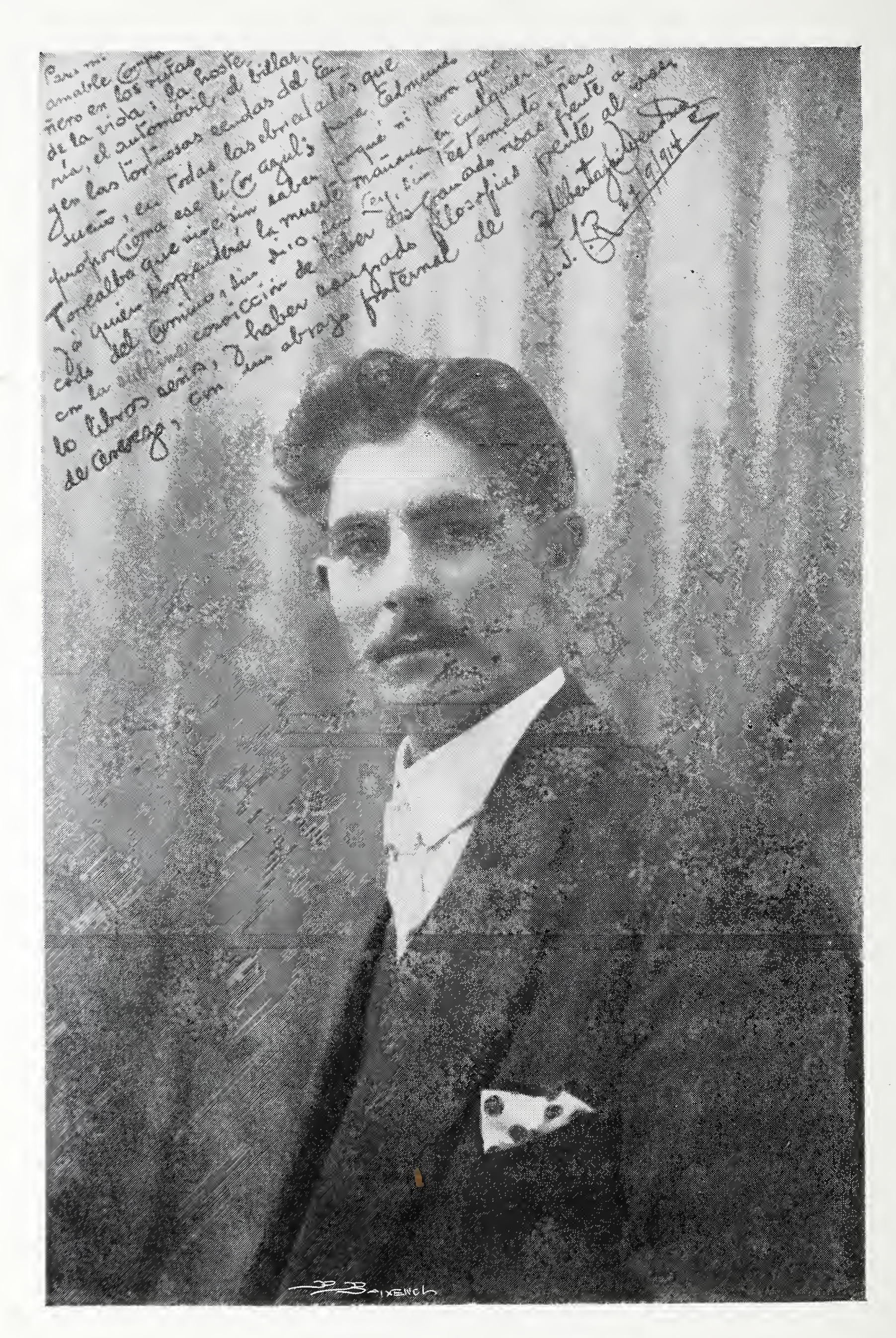
Carlos JINESTA

CROMO

Y

EL LIRIO DE ORO

JOSÉ ALBERTAZZI AVENDAÑO



JOSÉ ALBERTAZZI AVENDAÑO



CROMO [1]

Al caer de la tarde se moría
—como se dobla un tallo—el limpiabotas,
y al mirarlo en su lecho, parecía
una esperanza con las alas rotas.

Pálido, débil, en su frente había
como un agonizar de ansias ignotas...
Y giraban sus ojos en sombría
visión de horas oscuras y remotas.

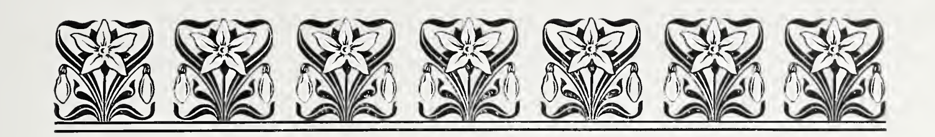
Madre, murmuró entonce el moribundo
—con un hilo de voz que fué un sollozo—
arregla mi cajón que fué en el mundo

mi único amigo y mi mejor consuelo:
voy a lustrar, radiante de alborozo,
las botas de los ángeles del cielo.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

---

1 Soneto laureado con el Lis de Plata.



EL LIRIO DE ORO [1]

. . . . Y el dulce poeta, con una amargura cautiva en su semblante, recostado en un viejo diván, que un tiempo fué de regia aristocracia, y haciendo a un lado, con un mohín de fastidio, «Las flores del Mal» de Baudelaire, me abrió su corazón de esta manera:

«Concursos a mí?... Ah!, mi buen amigo, cómo se conoce que es Ud. todavía un joven inexperto! Bien hayan la juventud y la inexperiencia que han sido siempre capaces de tan sublimes desatinos. Y no crea que le hablo así por la nota amarga que mi alma de asceta atrabiliario pone en mis versos, en mis pensamientos, en mis actos, hasta en mis gestos mismos: en todas las manifestaciones de mi vida. No, es que los concursos literarios me hacen el efecto de invernaderos. El verso que para Ud. dejaría de esta o de la otra manera, porque interpreta el sentimiento que lo inspiró: que dice en esta inflexión de una ansia que pasó fugazmente por el ánimo, y en esta quebradura, de un momentáneo desvío del pensamiento; el verso que es fotografía y no caricatura, que prefiere ser fiel al sentimiento que lo engendra que a los *dandys* de la forma, ese verso sincero y puro, es rechazado en los concursos que resultan concursos de arquitectura literaria; y

1 Cuento premiado con el primer Accésit.

para triunfar en ellos hay que bastardear el verso haciéndolo matemático aunque no sea conceptuoso, y ajustándolo a las prescripciones de Valera o Leopoldo Alas.

Además, parece que se hiciera esa labor espiritual por el aliciente del pago que representa un premio, y que se le pusiera precio al sangrar de una herida, al suspirar de un ansia, al aguardar de un anhelo! Cuánto mejor es cantarle a la luna! Cuando encordamos la lira y tañemos para ella una canción de amor, deja caer sobre nuestro bandolín, no el lis de plata o la violeta de oro que ofenden con su ruido de metal, sino una lluvia de argentada luz que entra hasta el alma a iluminar todos sus rincones de sombras.

Hace algunos años yo entré a un Concurso de Juegos Florales y tuve la dicha de triunfar. La noche de la fiesta, fuí condecorado con un lirio de oro que lucía un hermoso brillante; me lo entregó la Reina de la Fiesta, una buena niña que iba allí como casi todas, de la misma manera que habría ido al baile, a la zarzuela, a ver trajes y a divertirse, sin sentir la dulce y suprema sensación de vivir una hora resucitada de tiempos que se fueron con los tiempos, cuando pensar no era un dolor, ni sentir una torpeza; cuando la humanidad no tenía la pretensión de su saber sino la convicción de su sentir.»

Me extendió un cigarrillo, se arrellanó, siempre en su viejo diván roído, estrujó nerviosamente la última página del libro de Baudelaire y, mientras miraba esfumarse en el aire las columnas de humo, siguió hablándome así mi buen amigo el poeta:

«Cuando volví a mi buhardilla, aquí mismo, el lirio, con su brillante, al iluminar con su alegría de fulgores estos rincones, me hizo sentirme más solo y más miserable.

Un día, triste día de desamparo y de frío, no pude más. Me pareció ridículo rendir a la poesía un culto que va siendo poco a poco un culto de hambre, y... lo de siempre: mi lirio fué a parar a la casa de empeño. Así tuve para vivir muchos días, comprendiendo que cada día que pasaba me comía un verso de mi poema, o un pedazo de pétalo del lirio.

Después de pagar religiosamente mes a mes los intereses de la joya empeñada, llegó una época de estrechez, y el lirio, testigo de mi triunfo, fué vendido en el remate. Yo no

quise ir a presenciarlo: los remates de casas de empeño me han parecido siempre torneos de miseria.

En muchas horas de silenciosa meditación me puse a pensar en la suerte de mi lirio. Adónde iría a parar? Qué solapa o qué pecho lo estaría luciendo? Entonces pensé en los pobres esclavos del trabajo que en la oscuridad de las minas, mordidos por los soles de verano, sobre los surcos, o en el peligro del andamio, conquistan la riqueza—como mi lirio de oro—para que luego se vaya de sus manos en el remate de esta desigualdad social.

Una noche, después de que había pasado muchas de insomnio, pasando frente al club aristocrático, donde más de cuarenta parejas danzaban, vi mi lirio de oro en la solapa de uno de los danzantes; y al verlo, hubo entre el brillante y mis pupilas una fraternidad de luz. Era, amigo mío, la victoria de la caja de caudales sobre el espíritu que sueña, era el sonido de la moneda que pasa ofendiendo la melodiosa sonoridad de la lira, era Sancho haciendo sombra a don Quijote, con su vientre de estúpido burgués.

Ya ve porqué no he de ir yo a los concursos; sé del sacrificio a que se somete al verso para ponerle camisa aplanchada y mandarlo a la lisa, armado de una lanza prestada; y sé que los lises y las violetas y los lirios han de ir a parar, inexorablemente, a la casa de empeño, de donde un buen día de tantos se los lleva cualquier petimetre que no sabe de los temblores de alma que esa joya representa.

Vaya Ud. con su poema, y ármelo caballero de la lisa, para que entre en lucha; yo me quedo aquí haciendo una canción para los ojos de la amada que ha sembrado de rosas el yermo desolado de mi vida; yo me quedo aquí haciendo una canción para sus ojos, que Ella, cuando llegue a entonársela, extenderá sus brazos hacia mí—como un risueño paréntesis de gloria en el eterno bregar de mi amargura!

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

EL SILBATO DE PLATA

CARLOS GAGINI



EL SILBATO DE PLATA [1]

«*A bordo del* Red Star *se necesita un marinero experto, robusto, avezado a los peligros y que sepa hablar inglés. Contrata por dos años; salario, sesenta dólares al mes. En caso de muerte, la familia recibirá mil dólares de indemnización.*»

Este aviso escrito en inglés y en castellano y pegado en un poste del muelle de Puntarenas, atrajo la atención de los desocupados que desde por la mañana habían acudido a la playa para admirar el esbelto yate, pintado de blanco, con una estrella roja en cada banda,—cuyo casco se mecía indolentemente como un cisne en las verdosas aguas de la bahía.

El Red Star era propiedad del renombrado naturalista y archimillonario inglés Mr. Evans, quien después de recorrer las regiones más impenetrables del Brasil, se preparaba a explorar las no menos misteriosas del Asia Central, dejando depositadas en Puntarenas algunas de sus valiosas colecciones.

Cuando comenzaron a desbandarse los curiosos, uno de ellos se alejó cabizbajo, repitiendo entre dientes: «Me conviene, no hay duda.» Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, fornido, moreno, de fisonomía inteligente y enérgica. Feliciano o Chano, como le llamaba todo el mundo, había servido seis años en los vapores ingleses de la India; pero cuando se casó echó el ancla en Puntarenas y se dedicó

---

2 Cuento premiado con Accésit.

al negocio aleatorio de la pesca. Nadie más valiente, honrado y feliz que él: el cielo de su humilde vivienda lo formaban su esposa, modelo de virtudes, y su hija María, guapa, hacendosa y honesta.

Durante el frugal almuerzo discutióse en familia el anuncio del Red Star, y no sin gran trabajo logró Chano convencer a las dos mujeres de las ventajas de su proyecto. De los sesenta dólares les dejaría cincuenta, con los cuales podrían pasar holgadamente y aun ahorrar algo en dos años. Aquella misma tarde firmó su contrata, y al día siguiente, después de una tierna despedida, regada con abundantes lágrimas, partió para el Lejano Oriente.

*
* *

Desde todos los puertos en que hizo escala el yate, escribió Chano largas cartas a su familia, sin esperar contestación, pues no lo permitía el caprichoso itinerario del Doctor Evans. Durante dos años recorrió la expedición toda la región central de la India y volvió a Puntarenas para despachar a Europa las antiguas y las nuevas colecciones. Proponíase el célebre naturalista explorar en seguida el Norte de la China y especialmente el Tibet, en donde es fama que hay plantas medicinales de rara virtud. Instó calurosamente a Chano para que le acompañase en su nuevo viaje, ofreciéndole magnífico salario; pero el marinero aplazó su respuesta hasta ver a su familia, y saltó a tierra para abrazar a las prendas de su corazón.

Mas ¡ay! desembarcó para encontrar la casita cerrada y casi en ruinas, la esposa muerta y la hija desaparecida. Seducida por un rico libertino de la capital, María había huído del hogar paterno; y según decires había dado a luz un niño en la misma semana en que murió de dolor y de vergüenza la esposa de Chano.

El primer impulso del marinero fué correr a la capital y clavar su cuchillo en el pecho del miserable; pero el señor L . . . andaba de paseo con su esposa por el Viejo Continente.

El problema de su vida quedó resuelto en un instante: volver a bordo, renovar su contrata por cinco años e ir a buscar la muerte en las apartadas tierras a donde se dirigía el sabio naturalista.

*
* *

Entre las numerosas y dramáticas aventuras que corrieron los expedicionarios en los países semisalvajes del Norte de la China, una de las más insignificantes estaba destinada a grabarse de un modo indeleble en la memoria de Chano.

Una vez cerca de Gorghi un grupo de aldeanos furiosos iba a despedazar a un pobre buhonero que yacía mal herido en tierra. El marinero intervino, y como su revólver y su uniforme europeo infundieron respeto a la chusma, logró llevarse al pobre diablo hasta el campamento, sin olvidar el cajón de sus baratijas.

El estado del chino era grave: así lo comprendió éste, y llamando aparte a su salvador, le dijo en pésimo inglés: «Para recompensar tu buena acción quiero proporcionarte los medios de hacerte rico. Hay aquí una enfermedad terrible e incurable—el cáncer del Tibet,—que comienza en la boca y extendiéndose por toda la cara, hace morir al enfermo en medio de atroces dolores.»

Y abriendo el cajón de su mercancía, sacó del fondo un estuche de latón.

«Aquí dentro—continuó diciendo—hay un silbato de bambú: basta ponérselo en los labios para contraer la enfermedad. Y aquí—añadió abriendo una cajita de laca—está el remedio, que sólo yo conozco.»

Era un silbato de plata en forma de dragón, con la cola dirigida hacia atrás.

«Al soplar—prosiguió el buhonero—sale por la cola del dragón un polvillo que se deposita al rededor de la boca, y el mal desaparece en dos días. Así contagié a los más ricos de estos lugares; y me hice pagar bien la curación; pero los malditos sospecharon algo y trataron de descuartizarme. Llé-

vate a tu país estos dos silbatos y con ellos podrás ganar mucho dinero.»

*
* *

Cumplida su contrata volvió Chano a Puntarenas, en donde le esperaba un nuevo y doloroso golpe: su hija abandonada, había muerto en la mayor miseria y el niño había sido recluído en el hospicio de huérfanos.

Desde entonces una obsesión se apoderó del alma de Chano con irresistible imperio: su vida tenía ya un objeto, un norte: la venganza.

Un día en que rumiaba la amargura de sus recuerdos, atizando el odio con la representación de su hogar perdido, ocurriósele de improviso un plan terrible. No se pasan en balde cinco años entre los tártaros, esos refinados artistas del suplicio, para quienes la muerte no es un castigo sino una gracia concedida a la víctima, puesto que pone fin a sus atroces torturas.

Recogió Chano a su nietezuelo, hermoso e inteligente chiquillo, rubio como las espigas maduras; se trasladó a San José y con sus economías—que ascendían a una respetable suma, compró una tienda frente al Parque Central, a pocos pasos de la suntuosa mansión que el señor L . . . habitaba desde que enviudó, sin más compañía que la de su hijo Jorge, simpático muchacho de ocho años, que era el encanto de su padre. Y sucedió lo que el marinero había previsto: los dos niños se veían todas las mañanas en el Parque, jugaron juntos y acabaron por ser íntimos amigos.



Por aquellos días causó grande alarma en la capital la noticia de haber aparecido una enfermedad espantosa y extraña, especie de cáncer que comenzando en el labio inferior se iba extendiendo rápidamente. Y el terror subió de punto cuando la Facultad de Medicina, después de maduro exa-

men, declaró que los pacientes en observación estaban atacados de cáncer del Tibet, dolencia incurable y en extremo contagiosa. Eran los enfermos dos sastres, vecinos y asiduos parroquianos del marino, en cuya tienda pasaban las horas muertas, contemplando y revolviendo las mil chucherías orientales que éste tenía de venta.

Cuando supo Chano la opinión de los médicos, solicitó permiso para curar a sus amigos, el cual le fué concedido por los facultativos con una especie de irónica indulgencia; pero tres días después los hombres de ciencia se pusieron serios cuando los periódicos refirieron los detalles de la milagrosa curación.

Chano salía únicamente por las noches; una mañana, sin embargo, fué con su nieto al Parque, en donde no tardó en reunírseles el hijo del señor L . . . En un momento en que Enrique se alejó rodando un aro, el vengativo marinero sacó del estuche de latón el fatal silbato de bambú e hizo que Jorge lo tocase. Quitóselo casi en seguida y alejóse precipitadamente de allí, como el criminal que teme ser descubierto. Al llegar a casa arrojó el estuche al fuego y ocultó el rostro entre las manos.

. . . .

Antes de finalizar la semana volvió la prensa a llenar de zozobra a la capital, anunciando la aparición de un nuevo caso del temido cáncer. Tratábase esta vez del hijo de un millonario, el señor L . . ., ante el cual se vieron los médicos obligados a confesar su impotencia, aconsejando al afligido padre que recurriese al tendero su vecino. ¡Cómo se alegró L . . . al saber que tenía tan cerca el remedio! Al punto corrió allá, dispuesto a dar toda su fortuna, su vida si era preciso, con tal de rescatar la de aquel hijo idolatrado.

*
* *

En la salita sencillamente amueblada, el viejo marinero, de codos en su escritorio y con los puños en las mejillas, está absorto en profunda meditación, mientras la luz de la lámpara hace brillar como hebras de plata la canas de sus sienes. Al

través de la cortinilla de percal que separa la sala de la alcoba, se percibe la pausada respiración de Enrique, que duerme el sueño de los ángeles. ¡Qué triste está el pobrecillo desde que no ve a su amigo en el Parque!

Dieron las diez y ya iba Chano a recogerse cuando llamaron a la puerta. Antes de abrir, su corazón había reconocido al importuno . . . ¡Era él, el enemigo, el infame seductor!

Sin pensar en dar excusas por su intempestiva visita a un hombre a quien no conocía, L . . ., trastornado por el dolor, expuso su pretensión en frases incoherentes. «Salve usted a mi hijo, repetía sin cesar; doy todo lo que poseo por el silbato de plata con que curó usted a los dos artesanos. Pediré limosna . . . Sálvelo, por Dios!» El rostro de Chano, hasta entonces impasible como el de una esfinge, se iluminó de pronto con una expresión de placer feroz, de saña satisfecha. Avanzó dos pasos hacia su interlocutor, que se había dejado caer sobre una silla, y dijo con una calma mil veces más terrible que la cólera: «Hace ocho años vivía en Puntarenas un pescador, feliz con el amor de su mujer y de su hija. Un infame sin conciencia sedujo a la joven . . . La madre murió de pesar y de vergüenza; la muchacha murió de miseria y abandono, y el niño que la desdichada dejó—añadió Chano señalando la alcoba,—duerme ahora allí, mientras su abuelo saborea su venganza devolviendo al miserable todo el mal que hizo.»

L . . . retrocedió espantado, mudo; pero luego se repuso, y gritó desesperado: «Sí, soy un criminal . . . Tiene usted razón . . . Máteme . . . Aquí estoy ! . . . Pero mi hijito es inocente . . . Qué mal le ha hecho a usted?»

A estas vehementes palabras contestó Chano con una calma que enfriaba la sangre en las venas: «Yo no necesito ni su vida ni sus riquezas. Salga usted de aquí.» Y asiendo de un brazo al infeliz millonario, lo llevó hasta la calle y cerró con llave la puerta.

*
* *

Después de una noche de insomnio y de fiebre se levantó Chano antes del amanecer y salió de la ciudad sin

rumbo fijo: deseaba refrescar su frente con el aire del campo y distraerse para apartar de sí aquella idea que le roía las entrañas. Volvió a casa muy tarde, con el paso rápido del que acaba de tomar una determinación súbita; entró en la sala, abrió el escritorio, y no pudo contener una exclamación de sorpresa. La cajita de laca había desaparecido.

Enrique! Enrique! gritó. Acudió el niño, y al ver a su abuelo delante de la gaveta vacía, palideció, tembló, se cubrió los ojos con los puños y prorrumpió en sollozos.

«Conque fuiste tú? . . . dijo con severidad el marinero.

—«Perdón, abuelito . . . te lo voy a contar todo . . . todo . . . Anoche desperté y vi al papá de Jorgito . . . y oí que te pedía ese pito de plata . . . porque si no . . . mi amiguito se moría. Cuando me levanté estaba la gaveta abierta y . . .» Los sollozos de Enrique redoblaron.

—Sigue—murmuró Chano, pálido como la cera.

—Sí, cogí la cajita . . . corrí . . . El papá estaba en la puerta con otro señor . . . Me dijo que me fuera . . . pero le di la caja para Jorge . . . Entonces se puso como loco . . . me abrazó . . . me besó . . . y lloraba y se reía y corrió para adentro. ¡Qué contento estará Jorge! Abuelito, por qué fuiste tan malo anoche?

Incapaz de proferir palabra, embargado por la más intensa de las emociones, Chano sentó al niño sobre sus rodillas, le abrazó estrechamente, y por primera vez desde la muerte de su esposa, derramó gruesas y candentes lágrimas que caían una tras otra sobre aquella cabecita rubia, jaula de oro dentro de la cual revoloteaban pensamientos cándidos como los pajarillos y fragantes como las rosas.

CARLOS GAGINI

ACTA INICIAL

DE LOS SEGUNDOS JUEGOS FLORALES



ACTA DE LA SESIÓN INICIAL

DE LOS SEGUNDOS JUEGOS FLORALES DE COSTA RICA

En la ciudad de San José, a las diez y quince minutos de la mañana del 22 de julio de 1914; reunidos los señores don Camilo Cruz Santos, don Ricardo Fournier Q., don Emilio González Flores, don Carlos Salazar Gagini, don Arturo García Solano y don Arturo Aguilar Morúa, para proceder a la elección del Comité Organizador de los segundos Juegos Florales de Costa Rica, bajo la presidencia provisional de don Arturo García Solano y actuando como Secretarios ad-hoc los señores Salazar Gagini y González Flores, se procedió a la votación dando el siguiente resultado:

Para	Presidente,	don	Camilo Cruz Santos
,,	Vicepresidente,	,,	Arturo García Solano
,,	Secretario,	,,	Arturo Aguilar Morúa
,,	Tesorero,	,,	Roberto Figueredo
,,	1er. Vocal,	,,	Ricardo Fournier Q.
,,	2º ,,	,,	Rogelio Sotela

Al hacer el escrutinio se computó el voto firmado de don José María Volio González, quien por no poder asistir a este acto, mandó su papeleta.

Además, se acordó conceder amplias facultades al Comité para dar todos los pasos conducentes al mayor lucimiento del festival mencionado, conviniendo en celebrar otra sesión mañana a la misma hora.

Sin otros asuntos que tratar, se levantó la sesión a las once de la mañana, quedando definitivamente aprobada esta acta, en fe de lo cual firmamos.

ARTURO GARCÍA SOLANO

C. SALAZAR GAGINI

CAMILO CRUZ SANTOS

ARTURO AGUILAR

EMILIO GONZÁLEZ FLORES

RIC. FOURNIER Q.

JOSÉ M. VOLIO



BASES

PARA EL CONCURSO DE LOS JUEGOS FLORALES



BASES

PARA EL CONCURSO DE LOS JUEGOS FLORALES

I

El Concurso de los Juegos Florales queda abierto desde hoy, y se cerrará a las seis de la tarde del treinta y uno de agosto de 1914.

II

FLOR NATURAL

(Primer premio) Representada por una margarita de oro con una piedra preciosa, para el mejor Poema, a juicio del respectivo Jurado Calificador. Tema libre. El triunfador elegirá la Reina de la Fiesta.

VIOLETA DE ORO

(Segundo Premio). Al Poema que siga en mérito al que obtuvo la «Flor Natural». Tema libre.

LIS DE PLATA

Al mejor soneto de tema y metro libres.

MEDALLA DE ORO

Premio al mejor Cuento. Tema libre.

MEDALLA DE PLATA

Premio al Cuento que siga en mérito al anterior.

MEDALLA DE ORO

Al mejor Ensayo sobre un tema de Sociología.

MEDALLA DE PLATA

Al Ensayo que siga en mérito al anterior.

III

Queda al arbitrio de los señores Jurados otorgar Accesits o Menciones Honoríficas a las composiciones que juzguen dignas de esa distinción.

IV

Todas las composiciones irán escritas a máquina, llevarán su pseudónimo, y deben ir en cubierta cerrada, e incluso un sobre rotulado con ese mismo pseudónimo, que contenga el nombre del autor.

V

En este concurso podrán tomar también parte los extranjeros residentes en Costa Rica y los costarricenses que estén en el exterior.

VI

Siendo el móvil de este Certamen estimular el esfuerzo intelectual del país, no podrá declararse «desierto» el Concurso.

(f) Camilo Cruz Santos,
Presidente.

(f) Arturo Aguilar Morúa,
Secretario.

San José de Costa Rica, 24 de julio de 1914.

EL COMITÉ ORGANIZADOR

Y LA JUNTA DEL CENTENARIO



EL COMITÉ ORGANIZADOR

Y LA JUNTA DEL CENTENARIO

Señor Licenciado don Alejandro Alvarado Q.
Vocal de la Junta Organizadora del
Centenario de Mora

Muy señor nuestro:

S. M.

Respetuosamente damos traspaso a usted, y por su digno medio a esa honorable Junta, de la parte sustancial de la solicitud que un grupo de jóvenes devotos de las bellas letras—posteriormente reunidos en Comité—dirigió al señor Subsecretario de Instrucción Pública; porque su respuesta, si bien llena de recta intención y de mejor voluntad para corresponder a nuestros deseos, no está en un todo acorde con nuestro propósito; y lo hacemos con la firme esperanza de que encontrará una franca acogida en el seno de esa culta Comisión.

Plácenos, pues, colocar bajo tan alto patrocinio la iniciativa de agregar un nuevo número al programa de los festejos que se preparan para conmemorar el Centenario del más patriota de los costarricenses—JUAN RAFAEL MORA—: la celebración de los segundos Juegos Florales de Costa Rica.

Ya se ha apuntado por algunos que por estos días comienza el renacimiento literario de nuestro país: empieza a descollar una juventud llena de brío y de fe en las disciplinas del espíritu, que parece augurar

nombres gloriosos para las Letras de la República. Esa juventud merece, y espera, el contingente de un estímulo eficaz, y ninguna ocasión más propicia que ésta para un torneo de temas libres, en que los poetas y los escritores no se hallen sujetos a asuntos obligados, que aunque son nobles y patrióticos, encadenan la inspiración para buscar motivos por los dilatados y serenos campos de la Belleza.

Siendo nuestro ánimo que este Certamen tenga a la vez un carácter independiente y juvenil, nuestra petición actual se reduce a solicitar de la Junta del Centenario que tome a su cargo el costo de los premios y la publicación del folleto en que recogeremos las composiciones laureadas en ese Festival del Arte.

Con la más viva confianza en una acogida cordial, le reiteramos el testimonio de nuestra consideración.

San José, 22 de julio de 1914.

CAMILO CRUZ SANTOS, Presidente

ARTURO AGUILAR, Secretario

San José, 24 de julio de 1914.

Señores don Camilo Cruz Santos
y don Arturo Aguilar Moría

Ciudad

Mis distinguidos amigos:

Acuso a ustedes recibo de su atenta nota del 22 del corriente; di cuenta de ella al Comité Ejecutivo de las Fiestas del Centenario de Mora, del cual es Presidente el Lic. don Cleto González Víquez, Secretario el Lic. don Guillermo Vargas Calvo y Vocal el infrascrito, y los tres, no sólo con satisfacción, sino con singular placer, acogimos la solicitud de ustedes, porque nada será tan digno de la memoria del Prócer de nuestra autonomía, como el torneo de las jóvenes inteligencias de esta patria amada y enaltecida por él.

Se ha resuelto por lo mismo costear con fondos destinados al Centenario los premios ofrecidos a los vencedores en los certámenes por VV. anunciados, y para la acertada elección de las joyas y medallas, sírvanse ponerse de acuerdo con nosotros; veremos después los detalles de la publicación del folleto que debe contener las composiciones laureadas.

Si en algo, pues, nosotros como delegados del Ateneo de Costa Rica, podemos estimular ese movimiento de renovación en el Arte y en las letras costarricenses, crean que pondremos al servicio de tan noble causa todo nuestro esfuerzo para llenar deber tan grato.

Aprovecho la oportunidad para reiterar a VV. las protestas de mi más distinguida consideración,

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS



JURADOS DE CALIFICACIÓN

En la sesión de la mañana de ayer fué electo el Jurado Calificador, así:

Jurado para Poesía

Don José María Zeledón (Billo)
Lic. don Guillermo Vargas
Don Leonardo Montalbán

Jurado para Cuentos

Lic. don José Astúa Aguilar
,, ,, Alejandro Alvarado Quirós
,, ,, Fabio Baudrit

Jurado para Sociología

Lic. don Cleto González Víquez
,, ,, Víctor Guardia
,, ,, Ramón Zelaya

Mantenedor de los Juegos Florales

Lic. don Alejandro Alvarado Quirós

ACTAS

JURADO PARA POESÍA

JURADO PARA CUENTOS

JURADO PARA SOCIOLOGÍA



Acta del Jurado para Poesía

En la ciudad de San José, a las nueve de la noche del ocho de setiembre de mil novecientos catorce.

Reunidos los infrascritos, individuos del Jurado de Poesía en los Juegos Florales de 1914, procedimos a expresar nuestros pareceres acerca de las diferentes piezas literarias presentadas al concurso respectivo, leídas y estudiadas separadamente por todos los encargados de juzgarlas.

Hecho que fué el recuento de las obras concurrentes, resultaron:

Poemas, *veintiuno.*

Sonetos, *treinta y seis.*

No habiendo asistido a la reunión, con excusa, el Jurado Lic. don Guillermo Vargas, los infrascritos formulamos nuestros votos así:

PRIMER PREMIO.—*Flor Natural.*

El Jurado Montalbán lo adjudica al titulado *Poema de las Piedras Preciosas*, suscrito con el pseudónimo *Poseidon.*

El Jurado Zeledón lo concede al titulado *Poema de los Troncos*, cubierto con el nombre *Crisantemo.*

Abierto que fué el sobre que contenía el voto escrito por don Guillermo Vargas, resultó favorable al *Poema de las Piedras Preciosas.*

En consecuencia, lo declaramos electo, por mayoría de votos, para la *Flor Natural.*

SEGUNDO PREMIO.—*Violeta de Oro.*

El Jurado Montalbán lo asigna al *Poema de los Troncos* y el Jurado Zeledón se adhirió a ese parecer; y como el citado voto escrito del señor Vargas favorece al titulado *El Triunfo del Ideal,* firmado por Virgilio, declaramos, también por mayoría de votos, al *Poema de los Troncos* merecedor de la *Violeta de Oro.*

Lis de plata.—Procedimos luego a señalar el mejor de los sonetos presentados y escogimos como digno de obtener el *Lis de plata* el titulado *Cromo*, suscrito por *Pepín*. El señor Vargas no encontró ninguno de los sonetos acreedor al premio y le asignó el accésit del caso.

Teniendo en consideración que el poema titulado *El triunfo del Ideal* representa un excelente esfuerzo lírico y posee no pocas bellezas, los infrascritos acordaron concederle un único accésit al segundo premio de los poemas. El voto del señor Vargas fué favorable al *Poema de los troncos*.

Terminada así nuestra misión en este asunto, nos complacemos en declarar que el conjunto del Certamen demuestra un vigoroso esfuerzo intelectual que tiene todos los caracteres de un renacimiento.

José María Zeledón

Guillermo Vargas — Leonardo Montalbán

Acta del Jurado para Cuentos

En la ciudad de San José, a las tres de la tarde del nueve de setiembre de mil novecientos catorce.

Reunidos los infrascritos miembros del Jurado Calificador de los Cuentos en prosa enviados al Comité de los Juegos Florales de este año, después de haber leído las *veintidós* composiciones que presentó el Mantenedor y que según lo afirma, son las únicas recibidas para este certamen, por unanimidad de votos acordaron: adjudicar el Primer Premio (medalla de oro) al autor del cuento titulado «El beso de la esfinge», firmado Ayax; adjudicar el Segundo Premio (medalla de plata) por mayoría de votos al autor del cuento titulado «Lidy», firmado Alidio César, salvando su voto el Licenciado Astúa Aguilar, quien adjudica dicho

premio al cuento titulado «El lirio de oro». Acuerdan por unanimidad conceder dos Accesits, primero al autor del cuento «El lirio de oro», firmado A. B. C., y segundo al autor del Cuento «El silbato de plata», firmado Hacem.

Confrontados los pseudónimos y abiertos los sobres correspondientes resultaron vencedores en el Certamen, por su orden, don Camilo Cruz Santos, don Carlos Jinesta, don José Albertazzi Avendaño y don Carlos Gagini.

Comuníquese al Comité para la publicación de esta acta, y en esta forma damos por terminada nuestra comisión.

(f) José Astúa Aguilar

(f) Alejandro Alvarado (f) Fabio Baudrit

Acta del Jurado para Sociología

Los infrascritos, miembros del jurado calificador de los trabajos de Sociología, presentados a la comisión de fiestas en celebración del primer centenario del prócer don Juan Rafael Mora, reunidos para cumplir con el encargo que recibieron de dicha comisión, resuelven lo siguiente:

De las cinco monografías que fueron presentadas, los infrascritos confieren el primer premio (medalla de oro) a la que lleva el título: «La infancia delincuente en Costa Rica», firmada por «Kioskini», y el segundo premio (medalla de plata) a la que se intitula, «Los males de la raza», por Apolo.

San José, a catorce de setiembre de mil novecientos catorce.

Cleto González Víquez

Víctor Guardia Q. Ramón Zelaya

NOTA.—Abiertas las cubiertas que contenían los nombres de los autores, se encontró que el pseudónimo «Kioskini», correspondía al de don Ramón Rojas Corrales, y el de «Apolo», al nombre de don Salvador R. Merlos.